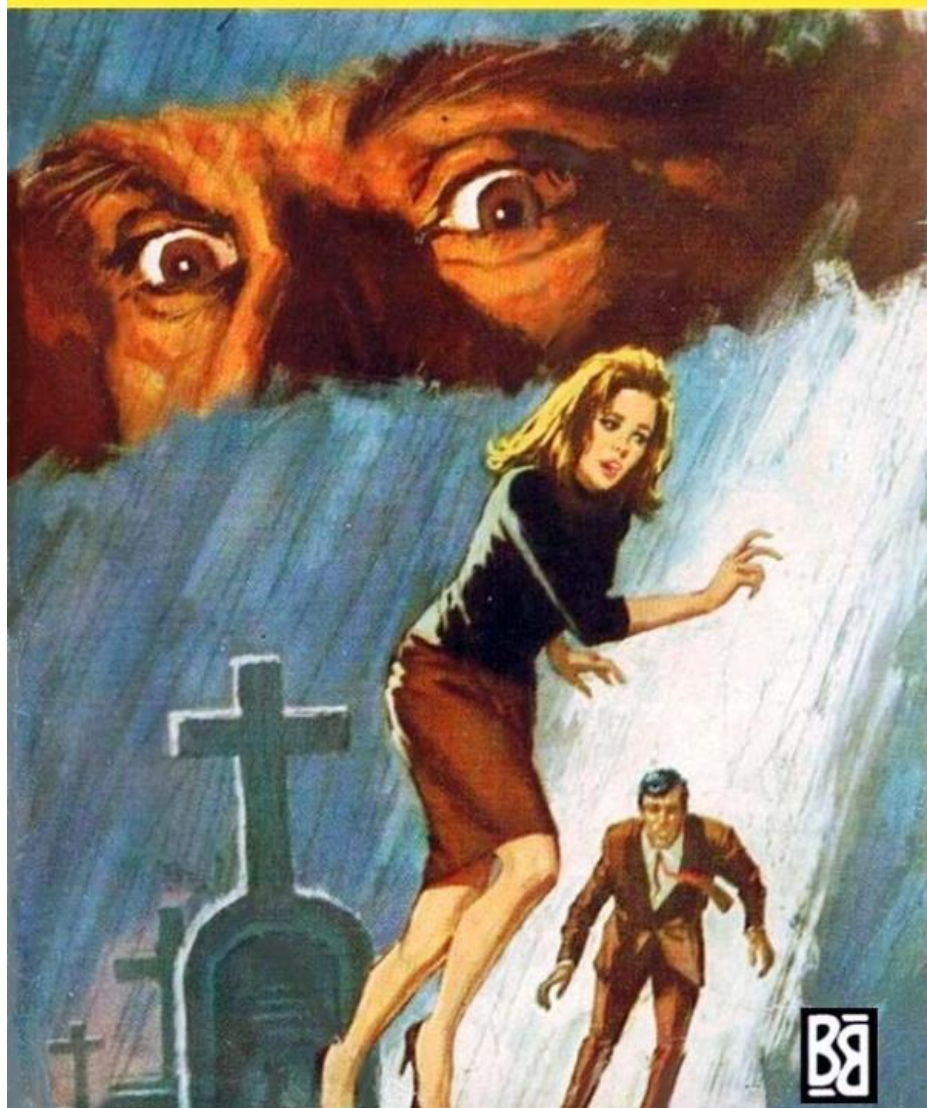


PUNTO
ROJO

ojos de fuego

clark carrados



OJOS DE FUEGO



ERNIE SMITHERS





CLARK CARRADOS

OJOS DE FUEGO

Colección PUNTO ROJO n.º 203

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 1029 - 1966

Impreso en España - Printed in Spain.

1.ª edición: marzo 1966

© CLARK CARRADOS - 1966.
sobre el texto literario.

© ANTONIO BERNAL - 1966.
sobre la cubierta.

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966.
sobre ilustraciones interiores.

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966
Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

N. R. 359/66

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

943 — Matar por otro.

En Colección SERVICIO SECRETO:

811 — Lista mortífera.

En Colección BUFALO:

646 — Balas traicioneras.

En Colección CALIFORNIA:

486 — Ley de hierro.

En Colección COLORADO:

497 — Pierna rota.

En Colección KANSAS:

493 — Sangre en la cuenca.

En Colección BRAVO OESTE:

251 — Los ríboras deben morir.

En Colección PUNTO ROJO:

136 — Campanas de funeral.

En Colección SALVAJE TEXAS:

491 — La mala fama.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:

171 — Pasaje para la tumba.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

80 — Billetes para la muerte.

En Colección ASES OESTE:

353 — Plata y pólvora.

CAPÍTULO PRIMERO

El doctor Smithers inclinó el torso hacia adelante y habló a través del interfono:

—Señorita Harald, ¿queda alguna visita?

—No, doctor —respondió la enfermera—. Teníamos anunciada la visita de la señora Durton, pero la canceló a última hora. Dijo que tenía un compromiso social y...

Ernie Smithers sonrió.

—Me imagino qué clase de compromiso social debe ser, señorita. Bueno, si he de decirle la verdad, prefiero que no haya venido. Aquí, para *internos*, es una latosa de marca. Cada vez que la atiendo, termino con jaqueca. Puede irse ya, señorita Harald.

—¿No me necesita más, doctor?

—No, gracias. Yo me quedo. Tengo que analizar las observaciones de mis pacientes de esta tarde y establecer el tratamiento adecuado. Eso es todo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, doctor.

Sonó un click, anunciador de que la conexión se había cortado.

Ernie Smithers os reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo, con aire complacido.

Es verdad era que tenía motivos para sentirse satisfecho.

A los treinta y tres años había logrado una clientela sólida y selecta, lo cual le auguraba un brillante porvenir en todos los sentidos.

Cierto era que, aunque joven, Smithers tenía la cabeza muy bien puesta sobre los hombros y sabía que su éxito no se debía tan solo a sus vastos conocimientos psiquiátricos, especialidad que había decidido cultivar, una vez obtenido su título de médico.

También la presencia física había tenido parte importante en su éxito. Era un hombre alto, de hombros anchos, cabello negro y espeso, ojos azul oscuro y rostro anguloso, tostado por las sesiones de sol artificial que tomaba habitualmente, en el que brillaba una dentadura deslumbrante. Su clientela era principalmente femenina y las minutas que

presentaban eran abonadas sin rechistar.

Algunas de las mujeres que venían a psicoanalizarse, lo hacían solo por estar a su lado unos momentos. Smithers no era presumido respecto a sus conocimientos psiquiátricos.

Aunque no se aprovechaba en absoluto de su prestancia y apostura física. A pesar de todo, la profesión era lo primero para él.

Durante unos minutos estuvo fumando tranquilamente. Luego, aplastó el cigarrillo en el cenicero y se dispuso a continuar el trabajo.

Entonces creyó oír ruido de tacones en el antedespacho.

Levantó la vista. ¿Era que la enfermera recepcionista no se había ido todavía?

La puerta se abrió de pronto y una mujer cruzó el umbral.

—¿Doctor Smithers? —preguntó la recién llegada.

El joven se puso en pie.

—Sí, señora. Pero si me permite decirle, he terminado ya la consulta y...

La mujer era de mediana estatura, más bien baja, pero esbelta y atractiva. Los tacones altísimos de sus zapatos aumentaban su estatura en diez centímetros.

Tenía el pelo rubio, muy claro, y los ojos intensamente azules. Era de líneas rotundas, casi agresivas, aunque no con desagradable exuberancias. En especial, apreció Smithers, su cintura era de una delgadez increíble.

—No he venido a que me psicoanalice —respondió ella atropelladamente—, sino a esconderme unos momentos.

—¡Cómo!

La mujer miró en torno suyo. De pronto, sobre una mesita auxiliar divisó una pequeña pila de paños blancos.

Cogió uno de ellos y corrió hacia el diván de reposo que había en uno de los lados del despacho. Tendiéndose en el diván, desplegó el paño y se lo puso sobre la cara.

Soy la señora Jones y he venido a que me libre de unos cuantos complejos que padezco —manifestó, un segundo antes de ocultarse el rostro—. Mis complejos son tan fuertes, que necesito ocultarme la cara para hablar sin rodeos delante del psiquiatra. ¿Ha comprendido, doctor?

Smithers estaba atónito.

—No, no he comprendido...

La puerta del despacho se abrió bruscamente, interrumpiéndole apenas pronunciadas las primeras palabras.

El joven se volvió. Tres hombres acababan de cruzar el umbral.

—Pero ¿qué significa esto? —preguntó airadamente.

El aspecto de los sujetos no le agradó en absoluto. O no había visto en su vida una película de bandidos y policías, o aquellos hombres eran pistoleros profesionales.

—¿Dónde está? —preguntó uno de ellos, un sujeto malcarado, tan alto como el joven y con manos como palas.

—¿Dónde está, quién? —preguntó Smithers.

—La chica que venimos siguiendo —dijo otro de los hampones, de tan pésimo aspecto como los otros—. Una rubia menudita, pero muy guapa...

—No sé de qué me están hablando —dijo Smithers dignamente—. Han irrumpido en mi despacho sin mi permiso y usando unos modales muy poco acordes con la buena urbanidad. En estos momentos estoy atendiendo a la señora Jones y...

El tercer pandillero se acercó al joven y le golpeó en el pecho con el índice.

—Sabemos que está aquí. La vimos entrar en el despacho y... ¿Quién es esa individua? —preguntó, mirando hacia la mujer que yacía inmóvil en el diván.

—La señora Jones, una paciente mía, ya se lo he dicho.

—¿Por qué se tapa la cara?

—Lo he estimado así necesario, a fin de que pueda hablar con toda claridad, sin temor a sus complejos. Aquí no está la mujer a quién buscan —afirmó Smithers con energía.

Uno de los pandilleros se encaminó hacia el diván. Smithers saltó hacia adelante y le cerró el paso.

—¡Alto ahí! ¡No moleste a mí paciente o llamaré a la policía!

El hampón le dirigió una mirada llena de malignidad.

—Si supiera de cierto que me está engañando, matasanos...

Smithers se engalló y sacó el pecho.

—Estoy en mi casa —dijo orgullosamente—. Salgan de aquí o les echaré a puntapiés.

Uno de los pandilleros rió estridentemente.

—El curasesos es valiente, ¿eh? Le doy una lección, Bugey?

—No, déjalo —contestó el que parecía capitanear la pequeña cuadrilla. Tal vez nos hayamos equivocado y Samantha Carson no haya entrado en este apartamento. Dispense, doctor. Vámonos, muchachos.

Los tres hampones se alejaron, sin molestarse en pedir disculpas siquiera. Smithers permaneció unos momentos en el mismo sitio y luego, saliendo del despacho, cerró con doble vuelta de llave la puerta del piso.

Acto seguido regresó a su consultorio. La joven se había quitado el paño de la cara y estaba sentada en el diván.

—Mil gracias, doctor —dijo, sonriendo brillantemente—. Ha salvado usted la situación a las mil maravillas.

Smithers no sonreía.

—Me disgusta que tomen mi consultorio como campo de batalla para dirimir las diferencias entre cuadrillas de rufianes —dijo secamente—. De modo, señorita Carson, que lo mejor será que abandone mi despacho

cuanto antes.

—¿Se siente enojado conmigo, doctor? —preguntó ella.

—No siento la menor alegría por su presencia en mi casa —declaró él sin ambages.

—Lamento haberle molestado, doctor, pero era vital, para mí que no me cogiesen esos forajidos.

—No me venga ahora con cuentos lastimosos —dijo Smithers secamente—. Usted parece ser mujer muy capaz de defenderse sin ayuda de nadie. —La miró de arriba abajo—. ¿Esos tipos, la conocían a usted?

—Sí, claro —respondió Samantha.

—Entonces, ¿cómo no supieron identificarla por las ropas, a pesar de tener el rostro cubierto?

Samantha sonrió enigmáticamente.

Salió del despacho y regresó a poco con un impermeable claro, que le llegaba más abajo de las rodillas.

—Me lo quité al entrar y lo dejé tras un sillón —explicó—. Ellos no habían visto el vestido que llevo puesto.

La joven llevaba un vestido de color amarillo vivo, muy escotado, sujeto a sus hombros por dos delgadas tiras del mismo tejido. La calidad de la confección se advertía de inmediato.

Le sentaba muy bien, reconoció Smithers a su pesar. Era una muchacha realmente hermosa. Y joven, no debía contar más allá de veinticuatro años.

Le pareció un poco pequeña, pero la perfección de sus formas compensaba sobradamente la falta de estatura.

Ella le miró y sonrió.

—¿En qué piensa, doctor?

Smithers sacudió la cabeza.

—En que me conviene quedarme solo cuanto antes —respondió—. Tengo trabajo, ¿sabe?

—La psiquiatría debe ser fascinante —dijo Samantha—. ¡Cuántos secretos conocerá usted de sus pacientes!

—Las confidencias de mis pacientes son sagradas —respondió él altivamente.

—Ya, ya, algo así como el secreto de confesión, ¿no?

—Exactamente.

De nuevo cayó el silencio sobre ambos.

De pronto, Samantha agitó el torso de una manera extraña.

—¡Cómo me pica la espalda! —se quejó.

Levantó un brazo y luego el otro. Miró al joven significativamente.

—No llego —dijo.

Smithers le entregó una regla que tenía sobre la mesa.

—Tal vez le sirva eso —insinuó.

—¡Qué poco amable es usted, doctor! —se quejó ella—. ¡Mira que no

querer rascarle la espalda a una dama que se lo pide como un favor! — Manejó la regla furiosamente, frotándose con el extremo el lugar donde decía picarle—. ¿Es que no puede considerarme cómo paciente?

—El paciente soy yo, soportándola a usted, señorita Carson.

Samantha rió argentinamente. Le arrojó la regla, que Smithers atrapó al vuelo.

—¿Le debo algo por la consulta, doctor? —preguntó.

—Al contrario —repuso él mordazmente—; voy a ser yo quien le pague por irse y dejarme solo. Tengo trabajo... si conoce el significado de esa palabra.

—Demasiado —contestó ella, perdiendo la sonrisa por un instante. Recogió el impermeable y se lo echó al brazo—. Ha sido un placer conocerle, doctor. ¿Sabe? usted y yo somos casi colegas.

—¡No me diga! —se burló Smithers descaradamente.

Samantha suspiró.

—Me gustaría charlar con usted con más detenimiento, pero no puedo —dijo—. Tengo que escapar de nuevo, antes de que esos tipos me echen el guante, doctor. Repito, ha sido un placer. Adiós.

Y se marchó con vivo taconeó.

Smithers encendió un cigarrillo al quedarse solo, notablemente intrigado por el singular incidente del que acababa de ser protagonista parcial.

¿Qué había querido decirle aquella linda muchacha al manifestar que eran «casi» colegas?

Tal vez había estudiado medicina y luego no había llegado a terminar la carrera.

Se encogió de hombros. Era preciso dar el suceso al olvido.

Tenía trabajo y se enfrascó en su quehacer.

CAPÍTULO II

La tarea le duró algo más de lo ordinario.

Cuando terminó, alzó la vista y consultó el reloj de sobremesa. Se sorprendió de lo rápidamente que le había pasado el tiempo. Eran las nueve y media de la noche.

Pasó al lavabo inmediato y se salpicó un poco los ojos con agua fría. Luego se aseó las manos, y tras arreglarse un poco, apagó las luces y abandonó el consultorio.

Tenía su domicilio en otra parte de la ciudad. Cenaría en algún restaurante que le saliera al paso, decidió. Solía hacerlo muchas veces.

Descendió a la planta baja y cruzó el vestíbulo con su paso rápido de costumbre. Atravesó el umbral y llegó a la acera.

Vagamente, se fijó en que había un gran coche negro parado frente al edificio. Dio dos pasos más y, de repente, alguien le echó la zancadilla, inesperadamente.

Smithers vaciló y empezó a caer hacia adelante. Dos fuertes manos le asieron por las hombreras del traje, arrastrándole hacia el interior del automóvil, cuya portezuela estaba abierta previsoramente.

El joven intentó resistirse, pero había sido cogido a contrapié y sus esfuerzos resultaron vanos. Antes de que pudiera hacer nada positivo, ya tenía medio cuerpo dentro del vehículo.

Entonces, algo duro y contundente cayó sobre su nuca. Salvo cuando llovía o hacía mal tiempo, Smithers no usaba sombrero.

Ello redobló la efectividad del golpe. Sintió que se producía un violento estallido en el interior de su cráneo y luego perdió el conocimiento.

La portezuela se cerró de golpe. El auto arrancó en el acto, a toda velocidad.

* * *

Ernie Smithers despertó con un horrible dolor de cabeza que le llegaba desde la nuca hasta los globos oculares. Hubo de dejar pasar un buen rato, antes de que se sintiese en medianas condiciones de hacer algo por sí

mismo.

Abrió los ojos al fin, encontrándose en una habitación someramente amueblada con una cama, una silla, ambas de hierro, una mesilla de noche y un lavabo sujeto a la pared. Un ventanuco situado a dos metros del suelo y de unos treinta centímetros en cuadro era la única abertura, aparte de la puerta, que había en la estancia.

Del techo pendía un cordón, que alimentaba una bombilla sin pantalla. Las paredes estaban enlucidas sencillamente, sin el menor adorno.

—Parece una celda carcelaria —masculló Smithers, sin comprender por qué estaba en aquel lugar.

Intuyó que el secuestro estaba relacionado con Samantha Carson. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, consiguió ponerse en pie.

—Lo primero, es lo primero —se dijo.

Acercóse al lavabo. Había una toalla y la mojó parcialmente, aplicándosela contra la nuca. Poco a poco se atenuaron les dolorosos latidos que sentía en la parte afectada por el golpe.

Al cabo de un rato se sintió mejor. Acercóse a la puerta y la tanteó.

No había pomo por la parte interior. Era fácil deducir que estaba cerrada con llave.

Golpeó la madera, dándose cuenta de que era de una solidez a toda prueba. Sus golpes eran fuertes, pero la madera resistió y se hizo daño en los puños.

Una voz sonó de pronto al otro lado.

—¡Cállese y duerma, matasanos!

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha me traído aquí? —preguntó el joven a gritos.

—¡Váyase al diablo! —fue la poco consoladora respuesta que recibió.

Smithers cesó momentáneamente en sus esfuerzos.

Miró hacia el ventanuco, dándose cuenta de que era aún de noche. Se palpó las ropas; no le habían despojado de ninguno de sus objetos personales.

El reloj le indicó que eran las tres y media de la mañana.

—He dormido un buen rato —comentó para sí. Y luego dedujo que había debido empalmar el desvanecimiento con el sueño.

Se sentó en la cama y hurgó en sus bolsillos, encontrando que le habían dejado el tabaco y las cerillas.

—Algo es algo —filosofó resignadamente.

Se hizo numerosas preguntas acerca de los motivos por los cuales había sido secuestrado. Todos los caminos conducían a un mismo punto de destino: Samantha Carson.

Una linda muchacha, reconoció, pero enredada en asuntos de pandilleros. Y él, que era inocente de las andanzas de su «casi» colega, había ido a terminar viéndose mezclado en un negocio en el que no tenía

arte ni parte.

—¿Por qué la buscaban esos tipos con tanto ahínco? —se preguntó.

Pasó el rato, sin que sus conjeturas le satisficieran. Al cabo, se tendió en la cama y se durmió nuevamente.

Despertó cuando alguien abrió la puerta de modo brusco.

—¡Arriba, matasanos!

Smithers se sentó en el lecho, frotándose los ojos. Con gran sorpresa, se dio cuenta de que los dos sujetos que había en la entrada no eran los que habían irrumpido en su despacho la tarde anterior.

Una mirada al ventanuco le indicó que amanecía. El reloj de pulsera marcaba las seis y media.

—Vamos, «doc» —gruñó uno de los individuos.

Smithers se puso en pie, y pasóse los dedos por el cabello.

—Me gustaría saber por qué me han traído aquí —dijo.

—Dentro de unos momentos será satisfecha su curiosidad —contestó uno de los hampones—. Venga con nosotros.

El joven dedujo que, por el momento, no debía oponerse a los deseos de su captores. Ambos iban armados, según se podía apreciar fácilmente, al observar los bultos del lado izquierdo de sus chaquetas.

Salió del cuarto. Los pistoleros le flanquearon cuidadosamente.

Recorrieron en silencio un largo y sombrío pasillo, que terminaba al pie de una escalera de diez o doce peldaños. Al final de la misma había una puerta.

Alguien la abrió desde el otro lado. Smithers cruzó una habitación desnuda y luego pasó a un vasto salón, amueblado a medias, en donde esperaba un hombre, en pie, con las manos a la espalda, junto a una chimenea apagada.

El hombre era de mediana estatura y tendría unos cincuenta años, bastante bien llevados, apreció Smithers. Su mirada era dura, despiadada.

—Lamento haber tenido que recurrir a este procedimiento para hablar con usted sin miedo a interrupciones —dijo el hombre—. Me llamo Ted Starr.

—Siento decirle que no me alegro de conocerle, señor Starr —respondió el joven—. Y supongo que será inútil que le pida que me pongan en libertad. Mi cuenta en el Banco asciende a...

Starr alzó la mano.

—No nos interesan sus dólares, sino sus palabras, doctor —dijo.

—¿Qué es lo que quiere saber de mí? —preguntó Smithers.

—Anoche recibió usted la visita de una linda dama en su consultorio. ¿De qué hablaron?

—No tengo por costumbre confiar a los ajenos las confidencias de mis clientes —respondió Smithers dignamente.

—Samantha Carson no fue a su consultorio como cliente —manifestó

Starr—. Estuvo allí bastante rato y me imagino que le dijo algo que nos interesa a nosotros sobremañera. En el momento en que me repita lo que hablaron, le pondré en libertad, doctor.

Smithers sonrió.

—Si tanto les interesa lo que me dijo la señorita Carson, ¿por qué no se lo pregunta a ella?

—Por la sencilla razón de que es una chica muy lista y dio esquinazo a los estúpidos que la vigilaban —rezongó Starr—. Vamos, doctor, sea una buena persona y colabore con nosotros.

—Lo siento. Samantha Carson no me dijo...

Smithers se interrumpió. Acababa de ver que Starr hacía un guiño disimulado a uno de sus esbirros.

Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, algo duro le golpeó en el cuello.

El joven creyó que le cortaban la cabeza. Perdió el aliento y boqueó agónicamente, mientras caía de rodillas.

Una nube roja se interpuso ante sus ojos. Durante unos segundos, los oídos le zumbaron atronadoramente.

La voz de Starr pareció llegarle de muy lejos.

—Tenemos medios para hacer moverse la lengua más reacia —dijo—. Hable, doctor, y no le pasará nada. De lo contrario...

Smithers se sintió invadido por una fría rabia. Inspiró varias veces, tratando de recobrarse.

Levantó la mano.

—Un momento, por favor —pidió.

—Tómese todo el tiempo que quiera —concedió Starr benigneamente.

El joven dejó pasar un minuto largo. Luego, lentamente, se puso en pie.

De repente, sin previo aviso, giró en redondo sobre sus talones y disparó su puño derecho hacia adelante.

Crujió una mandíbula y uno de los hampones se desplomó, fulminado por el golpe. Los otros dos se quedaron quietos un instante, paralizados por la sorpresa que le producía la inesperada reacción del joven.

—¡Estúpidos! —rugió Starr—. ¡No le dejéis actuar!

Los dos pandilleros se arrojaron a una contra el joven. Ninguno de los dos sabía que Smithers practicaba tres veces a la semana en un gimnasio.

Smithers alargó la mano derecha y alió una muñeca, retorciendo el brazo cruelmente. El hampón lanzó un aullido de dolor.

Antes de que el sujeto pudiera soltarse, Smithers metió el hombro y luego giró sobre sí mismo. El pistolero volteó en el aire y aterrizó pesadamente sobre una mesa, reduciéndola a astillas con gran estruendo.

El tercero sacó la pistola y trató de golpearle en la cabeza. Smithers paró el golpe con la mano izquierda y luego disparó de nuevo su puño derecho, con demoledores efectos.

El pandillero se dobló agónicamente sobre sí mismo.

Smithers bajó la mano y alcanzó la nuca de su oponente, que se desplomó instantáneamente.

Acto seguido, Smithers se dispuso a enfrentarse con Starr. Revolviéndose sobre sí mismo, dio un paso hacia adelante.

Pero no llegó a dar el segundo.

—Quieto, doctor —dijo Starr ominosamente—. Un solo movimiento más y le lleno el estómago de plomo.

La pistola que empuñaba Starr y su firme expresión no dejaban lugar a dudas.

Smithers se irguió, respirando profundamente. Dos de los pandilleros empezaban a recobrarse ya.

De repente, sonaron varios disparos en el exterior.

Una voz humana lanzó un terrible chillido de pavor.

—¡Socorro! ¡Los leones me atacan!

CAPÍTULO III

Ernie Smithers se quedó atónito al escuchar los gritos que llegaban del exterior. ¿Quién se asustaba de unos supuestos leones? ¿Era que había algún circo en las cercanías y las fieras se habían escapado de su encierro?

Sterr y los demás estaban también llenos de asombro por lo que ocurría. Antes de que acertaran a reaccionar, la puerta de la sala se abrió y un hombre penetró a su través, lívido de pavor, con una pistola en la mano.

—¡Corra, jefe! —aulló—. ¡Están ahí y me persiguen! ¡Son dos leones!

Se volvió él en redondo y disparó hacia la puerta varias veces, hasta agotar el contenido del cargador.

—¡Ya no tengo más cartuchos! —aulló el pistolero, ciego de pánico.

De pronto, dio media vuelta y corrió hacia la ventana más próxima. No se molestó en abrirla, sino que se lanzó de cabeza contra los vidrios, rompiéndolos con tremendo estrépito.

—¿Es que Nick se ha vuelto loco? —rugió Starr.

—Nada de eso, señor Starr —dijo en aquel instante una voz clara y fresca—. Tire la pistola o le perforo el hígado. El único león que hay aquí soy yo.

—¡Samantha Carson! —exclamó el joven, lleno de asombro.

—La misma, doctor —dijo ella alegremente, sin mirarle—.

Señor Starr ¿tira la pistola o se la quito yo a balazos?

Sterr arrojó el arma al suelo de mala gana.

—¡Maldita sea! Samantha...

—Recoja esa pistola, doctor —indicó ella—. ¿Sabe cómo se maneja?

—Claro —respondió él, mientras se apoderaba del arma.

Samantha miró a los otros dos pistoleros, que seguían en pie.

—Vosotros dos también. Al suelo la artillería —ordenó...

Dos pistolas rebotaron contra el entarimado. Smithers las recogió en el acto.

—Siento haberle metido en estos jaleos, doctor —se disculpó la muchacha—. Pero por eso mismo he venido a salvarle. Vámonos.

Sterr dio un paso hacia adelante.

—Samantha...

Ella apretó el gatillo. La bala se estrelló contra la pared, encima de la cabeza del sujeto.

—Atrás —ordenó—. La próxima vez apuntaré más bajo. Doctor —añadió—, afuera tengo el coche. Vaya poniéndolo en marcha, mientras yo mantengo a raya a estos granujas.

Smithers no se hizo repetir la invitación. Dejó la sala y buscó una salida al exterior, que encontró rápidamente.

Había dos automóviles afuera. Uno de ellos era el que había servido para el secuestro.

Samantha apareció en aquel momento, corriendo hacia él. La chica disparó contra los neumáticos delanteros del automóvil negro, deshinchándolos en el acto.

—Así no nos podrán perseguir —dijo, riendo alborozadamente.

Se sentó junto a Smithers. El joven arrancó de inmediato.

—¿Dónde estamos? —preguntó—. Esto me resulta desconocido.

—Siga el camino. La ciudad está a veinticinco millas.

Smithers apretó el acelerador. El camino era angosto, aunque en bastante buen estado, y corría serpenteando por entre colinas de poca altura, cubiertas de árboles y hierba. Era preciso mantener toda la atención en el volante, a fin de no salirse de la carretera.

El joven no acababa de entender aun lo que sucedía.

—Señorita Carson, ¿le importaría mucho explicarme qué ocurre? Por su culpa estoy metido en un jaleo espantoso, he sido secuestrado, maltratado y...

Samantha se restregó contra el asiento.

—¡Esta espalda! —se lamentó—. ¡Cómo me pica!

—¿Por qué no va a ver a un dermatólogo? —dijo él, de mal talante.

—No es nada de importancia —respondió la muchacha—. De veras, doctor, siento lo que le está sucediendo.

—¡Ah! De modo que con un «lo siento», se figura que está despachada, ¿no es así?

—Bueno, ¿y qué quiere que le haga? Ayer me perseguían y tuve que buscar refugio en el primer sitio que encontré. Luego me he enterado de que le habían secuestrado y...

—¡Eso es! —gritó Smithers—. ¿Cómo se ha enterado de que Starr me había llevado a esa casa perdida en las colinas?

—Porque fui a buscarle a su casa.

—¿A mi casa? —se extrañó él—. ¿Quién le indicó mi domicilio?

—La guía telefónica, por supuesto.

—Pero yo no estaba en casa; he permanecido ausente toda la noche.

—Claro. Así me enteré de que Starr le tenía secuestrado.

Smithers aplicó el freno bruscamente.

—¡Bruto! —protestó Samantha—. Casi me hace saltar a través del

parabrisas. ¿Por qué se ha parado?

Smithers la contempló con gesto torvo.

—O me dice lo que sucede o la echo fuera del auto —amenazó.

Samantha le apuntó con su revólver.

—Atrévase —le desafió.

El joven lanzó un gruñido de desesperación.

—Maldigo la hora en que se me ocurrió meterme a psiquiatra —clamó.

—¿Por qué dice usted eso? —preguntó Samantha, muy intrigada.

—Pues... por la sencilla razón de que si me hubiera especializado en enfermedades del aparato gástrico, no la hubiese conocido jamás a usted y unos bandidos no me habrían secuestrado y... ¡Oh, está bien, basta ya, señorita Carson! ¿Puede decirme al menos por qué fue a buscarme a mi casa a las tantas de la madrugada?

—Para advertirle que debía esconderse —respondió ella.

—¿Esconderme, de quién?

—De los hombres de Pete «El Carnicero». Pero Ted Starr se me adelantó y...

Smithers se pasó una mano por la cara.

—En cuanto regrese a la ciudad, me iré en busca de un buen psiquiatra —dijo exasperadamente—. ¿Qué demonios tengo yo que ver con sus líos de pandillas?

—Usted, nada, claro; pero como yo fui a esconderme en su consultorio, Starr y «El Carnicero» le han fichado —manifestó Samantha con todo desparpajo.

—¿Qué significa eso de que me han «fichado»? ¿Acaso me han tomado por un delincuente? —rugió el joven.

—No, pero creen que yo le dije algo y tratarán de sacárselo por todos los medios.

—Starr ya lo intentó. Me ha tenido preso toda una noche, sus sicarios me han apaleado...

—Y entonces llegué yo y le salvé.

—Es verdad —reconoció Smithers—. Hubo un tío que entró aullando como un loco, disparando a diestro y siniestro y que terminó arrojándose por una ventana. ¡Ese sujeto dijo que le atacaban dos leones! —exclamó Smithers en el colmo del desconcierto.

—¿Tengo yo aspecto de león? —preguntó la joven con coquetería.

—Tiene aspecto de... Prefiero no decirlo —gruñó él, arrancando de golpe, con tanta potencia, que Samantha estuvo a punto de caer al asiento posterior.

—¡Cuidado, loco, que esto no es un reactor!

Smithers se sentía terriblemente enfurecido. Pisó el acelerador a fondo y lanzó el automóvil a una velocidad suicida, frenando apenas en las curvas y acelerando de nuevo al entrar en ellas.

De pronto, cuando apenas habían recorrido dos kilómetros desde el lugar donde se habían detenido, Samantha lanzó un grito:

—¡Ya están ahí, doctor!

—¿Quiénes son los que están ahí? —preguntó él—. Yo no veo que nadie nos siga, les perforó dos neumáticos a tiros...

—No nos siguen, sino que viene hacia nosotros. El coche se ha escondido tras una curva y... ¡Allí, mírelo!

Smithers divisó la figura de un automóvil que aparecía ante su vista, surgiendo de una curva situada a unos mil metros.

—¿«El Carnicero»? —preguntó.

—Seguro.

—Pero ¿cómo...? —Smithers meneó la cabeza—. No, renuncio a saber nada. No me interesan sus cosas en absoluto, señorita Carson. Lo único que ambiciono es perderla de vista cuanto antes, ¿me ha comprendido?

—Pues como no ande listo, esos sujetos nos van a dar un buen susto —dijo la joven, mirando hacia adelante con el ceño fruncido.

—Aguarde un momento, que todavía no ha visto actuar a un psiquiatra loco al volante de un coche.

Smithers clavó el acelerador en el fondo del suelo y el auto pareció saltar hacia adelante. Samantha cerró los ojos un instante.

—¡Nos vamos a estrellar! —gimió.

La carretera era muy sinuosa, aunque sus curvas eran de un radio bastante amplio. El otro coche apareció de repente ante los ojos del joven, a menos de cien metros de distancia.

Smithers fingió lanzar su automóvil contra el otro, a más de ciento veinte kilómetros a la hora. Samantha lanzó un grito de espanto.

El conductor del otro vehículo se asustó por aquella maniobra suicida y golpeó el volante hacia la derecha, ya que el otro lado de la carretera le quedaba cerrado por el auto que conducía Smithers. Dada la angostura del camino, su acción tuvo efectos desastrosos.

El auto corría a menos velocidad, pero aun así, no pudo dominarlo y se salió del camino a más de sesenta kilómetros por hora. La pendiente, por fortuna, era suave y el suelo estaba cubierto de una espesa capa de césped, que amortiguó no poco los espantosos saltos que daba el vehículo. Al fin, la proa chocó contra un ribazo y el auto se ladeó peligrosamente, aunque sin llegar a volcar.

Samantha se volvió en el asiento y miró hacia atrás. Varios sujetos salieron del interior del coche y blandieron sus puños en fútiles gestos de amenaza.

Samantha exhaló una argentina carcajada.

—¡Qué bien les ha burlado usted, doctor! ¡Cuando Pete «El Carnicero» se entere de lo que ha hecho usted con sus gorilas se comerá la badana de su sombrero!

—Por mi parte, podría comérsela a usted entera —gruñó él—. Le aseguro que yo no protestaría en absoluto.

—¡Grosero! —protestó la chica—. Decirme eso, después de que le he salvado la vida.

—Sí no hubiera entrado en mi consultorio, no habría tenido necesidad de salvarme la vida, de modo que si cree que se lo voy a agradecer, está perdiendo el tiempo.

Ella se cruzó de brazos, con un gesto de decepción.

—Pensé que sería más galante —dijo, desencantada.

—Bueno, usted me ha metido en un buen jaleo. No debe aspirar a que yo lance alaridos de júbilo.

—Claro que no, pero, al menos... ¡Esta espalda! —se quejó Samantha frotándosela con fuerza contra el respaldo del asiento.

—¿Qué demonios le pasa en la espalda? No hace más que quejarse de picores. ¿Por qué no va a ver a un buen dermatólogo, como le dije?

—Ya se me pasará —respondió ella volublemente. Abrió el bolso y sacó un cigarrillo, que encendió en el acto—. ¿Quiere fumar, doctor?

—Bueno.

Samantha le pasó el cigarrillo. Smithers aspiró el humo con fuerza.

—¿Doctor? —murmuró ella tras unos minutos de silencio.

—Dígame, señorita.

—¿Qué piensa hacer ahora?

—¿Yo? Ir a casa, bañarme, comer algo... y luego acudir a mi consultorio. Tengo una profesión, ¿lo sabía usted?

—No vaya a trabajar hoy —aconsejó la chica.

—¿Piensa que vivo del aire?

—Por supuesto que no, pero en mi opinión, le convendría ocultarse algunos días.

—Mire, señorita Carson, estoy harto de decirle que sus asuntos de *gángsters* no me interesan en absoluto. Antes de ir a mi consultorio, me compraré una escopeta de dos cañones y la cargaré con trozos de vidrio, clavos, piedras y hasta fragmentos de cañerías, y al primero que se asome con ánimos de zurrarme, lo partiré por la mitad a tiros. ¡Y eso la incluye también a usted! ¿Me ha comprendido?

—He comprendido que tiene usted un genio inaguantable, que es un tipo pedante, engréido, presumido e insufrible, y que no habrá mujer que se case con usted, porque más le valdría suicidarse —replicó Samantha agudamente.

De pronto estiró el pie y pisó el freno. El automóvil se detuvo, coleando aparatosamente.

—¿Qué hace, loca? —rugió Smithers.

Samantha abrió la portezuela y saltó al suelo.

—La autopista queda a dos kilómetros escasos. Iré a pie y no faltará

algún camionero compasivo que quiera llevarme hasta la ciudad. Usted puede llevarme el coche; déjelo delante de la puerta de su consultorio. Ya iré a buscarlo, eso es todo.

Y sin más, Samantha cerró la portezuela de golpe y echó a andar camino adelante, haciendo caso omiso de las súplicas del joven para que volviera a subir en el vehículo.

CAPÍTULO V

A las cinco de la tarde, Ernie Smithers se asomó discretamente por la ventana de su despacho.

La joven se había negado rotundamente a subir al vehículo. Tuvo que regresar él solo a la ciudad.

No había pasado un buen día. Su atención hacia los clientes había sido más bien superficial, prestando escasísima atención a sus cuitas. A última hora acabó por cancelar las restantes visitas.

Encendió un cigarrillo, notándose inquieto y desasosegado.

Samantha le había aconsejado que no acudiese al consultorio. ¿Debía hacerle caso?

Regresó junto a la mesa y levantó la palanquita del interfono.

—¿Sí, doctor? —dijo la enfermera.

—Puede marcharse, señorita Harald. No la necesitare más por hoy.

—Bien, doctor. Hasta mañana.

Smithers cerró la comunicación y volvió a explorar la calle.

No se veía ningún tipo sospechoso por la acera de enfrente.

Fantasías de Samantha —se dijo.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero y se dispuso a abandonar el consultorio.

En aquel momento sonó el timbre de la puerta.

Todo su cuerpo se puso en tensión. ¿Eran los esbirros de Ted Starr?

Las pistolas habían quedado en el auto de la chica. Por supuesto, lo de comprar la escopeta no había pasado de una mera expresión verbal.

El llamador sonó de nuevo. Haciendo de tripas corazón, Smithers cruzó el antedespacho y abrió la puerta.

Había una mujer parada en el umbral.

—¡Samantha! —exclamó.

Pero un instante después se dio cuenta de que no era la muchacha, sino alguien que se le parecía muchísimo.

—Lo siento, me he confundido —dijo. Y agregó—: Deberá perdonarme, pero ya no recibo visitas.

Ella no dijo nada. Smithers frunció el ceño.

El rostro de la joven estaba muy pálido. Alargó el brazo hacia ella.

—¿Le ocurre algo, señorita?

Bruscamente, la mujer se derrumbó hacia adelante. Smithers apenas tuvo tiempo de recogerla en sus brazos, antes de que cayera al suelo.

—¡Señorita!

Entonces se dio cuenta de que la mujer tenía una mancha de sangre en la espalda.

Era médico, pero hacía tiempo que no veía la sangre de semejantes suyos. Por un momento, se sintió profundamente impresionado.

Pero reaccionó enseguida y alzando a la joven, corrió con ella hacia el diván, acostándola con la espalda hacia arriba.

En la mesa tenía unas tijeras. Las cogió y cortó rápidamente el vestido y la ropa interior de la chica.

El orificio de forma alargada que tenía ella en la espalda, hacia el centro y bajo el omoplato izquierdo, le dijo que la herida era gravísima, si no mortal.

Cogió uno de los paños que tenía allí y cubrió la herida, tratando de restañar la sangre. Dejó el paño aplicado sobre la espalda de la mujer y corrió hacia el teléfono.

En aquel momento le llamó ella.

—Doctor...

Smithers dejó el aparato y regresó al diván.

Se arrodilló junto a la muchacha.

—Señorita —dijo.

—La... espalda... —susurró ella. De pronto, su cuerpo se estremeció horriblemente y sus movimientos respiratorios cesaron.

La mano izquierda de la mujer pendió flácidamente fuera del diván. Smithers le tomó el pulso de una manera maquinal.

El corazón había cesado de latir.

* * *

El teniente Kerry era un sujeto bajo, rechoncho, de aspecto plácido, pero engañoso. Sus ojos poseían una perspectiva singular, que no escapó a la aguda observación del joven.

—De modo que no dijo nada —murmuró.

Los hombres de Kerry iban y venían por el despacho.

—No —insistió el joven—. Llamó, abrí y me cayó en los brazos. Traté de atenderla, pero murió apenas la había colocado sobre el diván. Solo dijo: «Doctor... la espalda...» Me imagino que debía dolerle la herida y eso fue lo que le hizo quejarse de su espalda. Inmediatamente después, murió.

El forense había acudido también. Se acercó a los dos hombres, limpiándose las manos con un paño.

—Una puñalada certera, que alcanzó el corazón. Vivió un par de minutos después, mientras quedó un poco de sangre en los ventrículos —informó.

—Lo cual significa que la apuñalaron mientras llamaba a su puerta, doctor —dijo el teniente Kerry.

—Bien, ya le he contado cuanto sé. No puedo añadir más, teniente.

—¿No se le ocurrió asomarse al pasillo para ver si alcanzaba al asesino?

—A mi entender, debió tener tiempo más que suficiente para escapar, después de apuñalarla —sugirió el joven—. Y en aquellos instantes, yo me preocupaba más de su herida que del asesino.

Entró un agente de policía.

—Parece ser que la apuñalaron al salir del ascensor, teniente —dijo.

—Lo cual significa que la estaban esperando. ¿La había visto usted alguna vez antes de ahora, doctor?

—No, en absoluto. Ni siquiera sé su nombre.

Kerry le dirigió una mirada oblicua.

—Se llamaba Alicia Tymmer y era secretaria personal de un tal Ted Starr. ¿No le dice a usted nada ese nombre, doctor?

Smithers procuró disimular la impresión que le causaban las palabras del oficial de policía.

—Es la primera vez que lo oigo, teniente. ¿Quién es ese Starr?

—Un bicho repugnante y tan peligroso como una epidemia de cólera —respondió Kerry—. Me gustaría saber por qué vino aquí, precisamente a su despacho —añadió, mirando al joven con suspicacia.

—Bien —respondió Smithers—, a mí me parece muy natural que lo hiciera, teniente.

—¿Por qué?

—Si se fija un poco, la puerta del ascensor cae casi frente a la de mi despacho. El asesino la apuñaló y escapó. Entonces ella buscó la forma de salvarse, ignorando, como es lógico, que estaba herida de muerte. Hay una placa sobre mi puerta, con mi nombre y mi profesión...

—Pero usted es psiquiatra —alegó Kerry.

—Aprendí en la Facultad de Medicina a curar heridas, aunque luego derivara hacia la psiquiatría —respondió Smithers intencionadamente—. Y cuando una persona recibe una puñalada y ve el rótulo de un médico a su alcance, no se preocupa de si es psiquiatra o reumatólogo.

Kerry enrojeció al comprender el reproche del joven.

—Tiene usted razón, doctor —admitió llanamente. Suspiró—. El caso es que ya no se puede hacer nada por ella... y Starr presentará un montón de coartadas, que desbaratarán por completo todas nuestras acusaciones.

—¿Piensa usted que ha sido Starr el asesino?

—¿Quién, si no?

—¿Por qué la mató, teniente?

Kerry se encogió de hombros.

—Era secretaria personal de Starr. Este tiene negocios perfectamente lícitos, pero es posible que ella se enterase de otros no tan lícitos, que son los que más dinero le proporcionan, y tratase de venderlos a... algún competidor de Starr.

—En suma, que le traicionó.

—Eso es lo que creo yo, pero ella no nos dirá nada ya y Starr cerrará el pico. En fin, doctor, gracias por su cooperación y perdone las molestias que le hemos ocasionado. Es posible que volvamos a llamarle, si le necesitamos.

—Aquí estaré —respondió Smithers, cortésmente.

Mucho rato después de haberse ido los policías, el joven permanecía todavía en su revuelto despacho, meditando en los sucesos de aquel día tan agitado.

Samantha le había aconsejado que no acudiese al despacho.

¿Sabía que Alicia Tymmer iba a ser asesinada?

Juntó las manos y sus nudillos crujieron. No había querido decir nada acerca de Samantha, pero la sospecha de que pudiera estar complicada en aquel crimen le hizo sentir una viva cólera.

Y sin embargo, la posible complicidad se contradecía con el valor que había demostrado al arrancarle de las garras de Starr y sus sicarios en la casa de las colinas.

De repente se le ocurrió una idea.

Buscó la guía telefónica y pasó las hojas hasta encontrar la columna correspondiente al apellido Carson.

Allí estaba: Samantha Carson, calle Davis, 944.

Cerró el libro con seco golpe. Estaba decidido.

Iría a ver a Samantha inmediatamente.

Aunque, se dijo, lo más posible era que la muchacha no, estuviese en su domicilio. ¿No le había aconsejado a él mismo que se abstuviera de acudir al consultorio?

Ella habría obrado de la misma manera, marchándose de su casa. Sin embargo, tal vez el portero del edificio pudiera facilitarle algún detalle.

Eran cerca de las diez de la noche cuando detuvo el coche frente al número 944 de la calle Davis. Saltó a la acera y entró en la casa.

Era un edificio de reciente construcción, cuyo vestíbulo estaba lujosamente decorado. Un atildado conserje se hallaba tras un mostrador, flanqueado por unos arbustos artificiales, que presentaban al lugar un aspecto amable y acogedor.

—¿La señorita Carson? —preguntó Smithers.

—Planta doce, letra E —respondió el conserje.

—Muchas gracias.

Smithers se encaminó hacia el ascensor. Momentos después, salía al pasillo en el piso duodécimo.

Buscó la letra E y pulsó el llamador.

Esperó unos segundos. La tardanza en una respuesta le hizo sospechar la ausencia de Samantha.

Bruscamente, la puerta se abrió y un hombre apareció bajo el dintel.

Al doctor Smithers no le sorprendió demasiado ver que el sujeto le encañonaba con una pistola que parecía una pieza de artillería.

CAPÍTULO V

El hombre blandió el arma, a la vez que se echaba a un lado.

—Pase —dijo lacónicamente.

Smithers cruzó el umbral. Oyó el ruido de la puerta al cerrarse a sus espaldas.

—Las manos en alto, hermano —le ordenaron.

El joven obedeció sin rechistar. La pistola le empujó, presionándole en la espalda.

Caminó unos pasos y entró en un salón. Samantha estaba allí.

Había más personas en la estancia. Dos sujetos se hallaban a ambos lados de la muchacha, la cual se encontraba sentada en una silla, con la mejilla izquierda manchada de algo de color violáceo.

El vestido estaba rasgado por el hombro izquierdo y la carne quedaba al descubierto. En la piel se veían las huellas de unos dedos que habían presionado con fuerza.

Samantha se esforzó por sonreír.

—Hola, Ernie —saludó desmayadamente.

—¿Quién es éste? —preguntó uno de los hampones, refiriéndose al joven.

—Un buen amigo mío —respondió ella.

El sujeto se encaró con Smithers.

—¿A qué ha venido usted aquí? —preguntó.

—Pensaba invitar a Samantha a dar un paseo —respondió el joven audazmente.

—¿A las diez y media de la noche?

—No pretenderá usted que la invite a las diez y media de la mañana. A esas horas estoy trabajando.

—Usted está liado con ella...

Smithers le arreó un tremendo mamporro en las narices.

—¡Hable mejor de Samantha, idiota! —rugió.

El hampón se sentó en el suelo, maldiciendo profusamente, mientras procuraba restañar la hemorragia. Smithers le contempló de repente desde un plano todavía más inferior.

El bandido que tenía a sus espaldas le había golpeado en la cabeza,

derribándole casi sin conocimiento. Durante unos momentos, Smithers creyó que la cabeza le iba a estallar.

—Vigíladle bien, imbécil —dijo el rufián que había recibido el golpe—. Tengo que hablar con la chica y le arrancaré la verdad, aunque la tenga que matar.

—Ya será un poco menos —le desafió Samantha.

El hampón le asestó una terrible bofetada. Los ojos de Samantha se llenaron de lágrimas.

—¡Cobarde! —le apostrofó.

Tendido en el suelo, Smithers trataba de recobrar sus facultades físicas.

—¿Dónde está? —rugió el pandillero.

—No sé de qué me hablas, estúpido —contestó Samantha.

—Alicia te lo entregó. ¿Dónde lo guardaste?

«De modo, pensó Smithers, que Samantha y Alicia habían sido amigas. O conocidas, cuando menos. Pero ¿qué buscaban aquellos rufianes con tanto ahínco?»

El interrogatorio proseguía. Samantha negaba una y otra vez, con tanta tenacidad como su oponente persistía en las preguntas.

Smithers empezó a recuperarse, aunque seguía tendido en el suelo. La sensación de atontamiento había desaparecido ya.

Divisó la pierna de uno de los rufianes a poca distancia de su brazo derecho. De súbito, alargó la mano, asió el tobillo y tiró con fuerza.

El pistolero vaciló, abrió los brazos, manoteó desesperadamente y acabó por caer al suelo. Smithers se revolvió sobre sí mismo, justo en el momento en que el otro disparaba el pie contra su mandíbula.

El joven alargó ambas manos y agarró con fuerza la pierna de su oponente, lanzándolo también de espaldas. El que interrogaba a Samantha, blasfemando obscenamente, giró sobre sus talones y trató de acudir en socorro de sus compañeros.

Samantha alargó la pierna. Al tropezar, el hampón se vino hacia adelante y chocó de frente contra otro de sus compinches. Los dos cayeron al suelo, en informe montón.

Smithers se puso en pie de un salto. El tercer hampón se abalanzaba en aquel momento sobre él.

Smithers le agarró por las solapas de la chaqueta y se dejó caer de espaldas, arrastrando al rufián consigo. Levantó las piernas, metió los pies en el estómago de su oponente y le hizo dar una voltereta completa en el aire.

El sujeto cayó pesadamente al suelo. En aquel momento, Smithers escuchó ruido de algo que se rompía.

Volvió la vista. El jefe de la cuadrilla se derrumbó como una masa inerte. Samantha acababa de romperle un jarrón en lo alto de la cabeza.

Pero todavía quedaba un tercero. Smithers cargó contra él y empezó a

astera, puñetazos a diestro y siniestro, hasta que, vencida su resistencia, el hampón se derrumbó al suelo sin conocimiento.

Entonces, Samantha agarró el brazo de Smithers y lo levantó en alto.

—¡Vencedor el doctor Smithers, por fuera de combate! —exclamó.

El joven se soltó furiosamente.

—¡Estos no son momentos para bromear! —dijo en tono colérico.

—Estoy de acuerdo contigo, Ernie —respondió ella con sumo desparpajo—. Aguarda un momento.

Smithers se quedó atónito cuando vio a la muchacha correr hacia el interior de la casa. Uno de los forajidos se quejó en aquel momento y el joven se apresuró a recoger una pistola que yacía en el suelo, al alcance de su mano.

Samantha regresó antes de un minuto, con un pequeño maletín en una mano y el impermeable y un vestido de un rojo detonante en la otra.

—¡Vamos, Ernie! —dijo, dirigiéndose resueltamente hacia la puerta.

—¡Un momento! —pidió él—. ¿Y estos tipos? ¿Qué hago con ellos?

—No nos los vamos a llevar con nosotros, ¿verdad? Anda, date prisa; quiero salir de aquí cuanto antes.

Smithers estaba aturdido. Tras algunas vacilaciones, acabó por echarse la pistola al bolsillo y corrió en seguimiento de la muchacha.

Una vez hubieron salido, Samantha le entregó la llave.

—Cierra, la puerta, por favor, Ernie.

—Samantha, por el amor de Dios...

—Ahora no, Ernie —le atajó ella resueltamente—. Te digo que hemos de marcharnos lo más rápidamente posible.

Smithers cerró con doble vuelta de llave. Samantha estaba ya frente al ascensor.

—¿Tienes tu coche abajo? —preguntó ella, mientras descendían.

—Por supuesto. Pero...

—Mejor. Usaremos el tuyo, que ellos no conocen.

—¡Samantha! chilló el joven—. ¿Quieres explicarme de una vez...?

—¿Es que no sabes tener un poco de paciencia? —preguntó ella—. Las explicaciones vendrán más tarde, Ernie.

—Al menos, podrías decirme adonde piensas llevarme. Fíjate bien —dijo Smithers, tuteándola a su vez—, digo llevarme y no llevarte.

Ella le dirigió una sonrisa hechicera, a pesar de sus labios magullados.

—Eres un tipo encantador, Ernie —eludió una respuesta concreta.

Minutos después estaban en el vestíbulo.

Al pasar frente a la conserjería, Samantha, que llevaba en una mano la ropa y el maletín, arrojó la llave al asombrado portero.

—Arriba, en mi cuarto, hay tres peligrosos pistoleros —dijo—. Avise a la policía, Mickey.

Y salió, como un torbellino.

El conserje miró a Smithers, con la boca abierta de par en par. Smithers le enseñó las palmas de las manos, como diciendo: «Lo siento, hermano; yo no pinto nada en este asunto».

—¡Ernie! —chilló Samantha desde la puerta.

El joven cruzó el vestíbulo a todo correr.

—¿Cuál es tu coche? —preguntó ella.

—Ese gris —indicó Smithers.

—Discreto, como corresponde a un sesudo psiquiatra. Arranca en dirección norte, por favor.

Smithers abrió la portezuela. Samantha lo hizo con la del departamento posterior y se coló dentro del automóvil.

—¡Vamos, Ernie, y no te quedes ahí parado como un poste! ¡Y no mires por el retrovisor; voy a cambiarme de vestido!

El joven meneó la cabeza. Empezó a dudar de sus propias facultades mentales.

En cuanto a Samantha, pensó que estaba loca de remate.

—Hacia el norte has dicho, ¿no? —preguntó, una vez hubo puesto el auto en marcha.

Oyó ruido de ropas a su espalda y contuvo el deseo de mirar a través del espejo.

—Sí —contestó ella, emergiendo del vestido.

—¿Qué hay en el norte? No, no me digas que el polo, porque...

—Una casa, Ernie.

—¿De quién?

—De... un amigo mío.

Smithers notó la vacilación que latía en las palabras de Samantha.

—¿Qué clase de amigo? —preguntó intencionadamente.

—Lo que significa exactamente la palabra. ¿Qué te habías creído?

—No sé —respondió él—. Ya no sé ni lo que creo, ni lo que oigo, ni lo que veo... Samantha, ¿es que no te das cuenta de que, aunque sea psiquiatra, no puedo psicoanalizarme a mí mismo?

Ella exhaló una argentina carcajada.

—¡Qué buen humor tienes, Ernie! Sobre todo, después de lo que ha pasado.

—Tú misma lo has dicho; después de lo que ha pasado. Samantha, ¿conocías tú a una tal Alicia Tymmer?

—Por supuesto. ¿Dónde está? ¡Eh! ¿Cómo la has conocido tú? ¿Qué te ha dicho Alicia? —habló ella atropelladamente.

—No me ha dicho nada, Samantha. Los muertos no hablan.

Sobrevino un momento de silencio.

Smithers lanzó una rápida mirada a través del retrovisor.

Samantha tenía el vestido a medio poner y se bajó la falda con movimiento instintivo. Luego, reaccionando, pasó al asiento delantero y se

acomodó junto al joven.

—Repítele lo que has dicho, Ernie —pidió.

—Alicia Tymmer está muerta. La apuñalaron en la puerta de mi despacho. Apenas tuve tiempo de recogerla en mis brazos. Murió unos segundos después. Esto ha ocurrido a las cinco y media de la tarde, más o menos.

Samantha calló de nuevo y fijó su vista en la carretera.

Hacía unos minutos que habían salido de la ciudad. Smithers la miró de reojo y vio que las lágrimas se deslizaban calladamente por las mejillas de la joven.

—Pobre Alicia —murmuró ella al cabo.

—¿Quién ha sido?

—¿Cómo voy a saberlo, Ernie?

—Entonces, ¿por qué me dijiste que no acudiera hoy a mi despacho?

—Porque temía que esos rufianes te causaran algún mal.

—A mí me parece que sabías que iban a asesinar a Alicia.

—¡No! —protestó Samantha con vehemencia—. ¡Te lo juro, Ernie!

—¿Le habías hablado de mí?

—Sí. Esta mañana.

—¿Qué le dijiste?

—Nada. Bueno, le conté lo que me había pasado ayer. Eso es todo. Ni siquiera sabía que ella iba a acudir a tu despacho.

Smithers frunció el ceño.

—Me gustaría saber por qué vino a verme —murmuró.

—No lo entiendo —dijo Samantha, meneando la cabeza—. La muerte de Alicia, hasta cierto punto no me extraña, aunque no la esperaba, esta es la verdad. Pero no comprendo por qué fue a verte.

—Hay muchas cosas más que yo no comprendo, Samantha. ¿Qué buscaban esos forajidos? ¿Por qué te golpeaban con tanto ahínco?

—Me pedían algo que, según ellos, debía tener yo.

—¿De qué se trata?

—Pues ahí está el caso, que no lo sé —declaró Samantha, sumamente perpleja—. Ellos no hacían más que preguntarme: «¿Dónde está lo que te dio Alicia?» ¡Y a mí no me entregó nada, Ernie, te lo juro!

—El teniente Kerry, de la policía, me dijo que Alicia era la secretaria personal de Ted Starr. ¿Lo sabías tú?

—Sí.

Smithers reflexionó unos momentos.

—Ella y tú erais muy parecidas, tanto, que en el primer momento la confundí contigo. ¿No cabe la posibilidad de que la asesinaran a ella, creyendo que eras tú?

—En tal caso, ¿por qué no me mataron los hombres de «El Carnicero»?

—Bueno, estaban interrogándote. Muerta, no les habrías servido para

nada —declaró él crudamente.

—A mí me parece que eso fue obra de Ted Starr, Ernie.

—¿Traicionó Alicia a su jefe?

—Es lo más probable, aunque no podría asegurarlo. Oye, ¿cómo apareciste tan oportunamente en mi casa?

—Recordé que me habías aconsejado que no acudiese al consultorio y se me ocurrió que tal vez sabrías algo respecto a Alicia. No hubiera ido a verte, de no haber mencionado Kerry que Alicia había trabajado para Starr. Francamente —añadió Smithers—, no creía encontrarte en tu domicilio.

—Fue una casualidad —respondió Samantha—. Había ido unos instantes para recoger algo de ropa y esconderme. Ellos... Los esbirros de «El Carnicero», debían estar vigilando la casa y... Bueno, el resto lo sabes tú tan bien como yo.

—Querrás decir que me gustaría saberlo tan bien como tú, Samantha.

—¡Pero si lo ignoro todo! Lo único que sé es que Alicia me llamó ayer y me dijo que debía esconderme, que los hombres de Starr andaban buscándome como locos.

—Y apareciste en mi despacho.

—Así es. Me di cuenta de que me seguían por la calle y busqué refugio en el primer edificio que encontré al paso.

—Y dentro del edificio, el primer apartamento fue el mío —declaró él amargamente.

—Vi tu placa en el vestíbulo y pensé que no se atreverían a entrar en el consultorio de un psiquiatra —aclaró Samantha.

Callaron un momento.

—Me gustaría saber por qué te aconsejó Alicia que te escondieras. ¿Cómo pudieron reconocerte los gorilas de Starr?

Samantha se removió en el asiento.

—¡Esta espalda mía! —se quejó una vez más—. Ernie, yo trabajé en cierta ocasión para Starr —confesó.

El joven se quedó atónito.

—¡Diablos! ¿Qué hacías?

—Starr posee un local nocturno de mucha clientela, el «Eagle». Yo... Bueno, soy artista y hacía un número en el espectáculo que se representaba allí.

—¿En qué consistía ese número? —preguntó él recelosamente.

—No pienses mal —sonrió Samantha—. Salía completamente vestida y... Bueno, como no me vas a creer, no quiero decírtelo. ¡Mira, a la derecha, por ese camino! —indicó ella de pronto.

El auto se metió por una estrecha carretera que, a la luz de los faros, se veía flanqueada por una doble hilera de álamos.

—Alicia y yo intimamos bastante —explicó Samantha—. Tal vez por eso, Starr creyó que Alicia me había entregado algún documento comprometedor, cosa absolutamente incierta, y trata de recobrarlo. ¿Comprendes, Ernie?

—Solo a medias —respondió él tajantemente.

CAPÍTULO VI

Smithers detuvo el auto quince minutos más tarde, ante una cabaña de aspecto pretendidamente rústico, situada en un paraje que, de día, debía resultar muy atractivo.

La cabaña tenía que haber costado mucho dinero, calculó el joven, al examinar su interior. Una vasta pieza, con media docena de pieles tendidas por el suelo, servía de comedor y de salón. Sobre la repisa de la chimenea, una doble cornamenta de ciervo constituía el principal motivo de adorno. Algunas mantas indias, de vivos colores, daban un toque moderno y hogareño al ambiente.

—¿De quién es esta tienda de campaña? —preguntó Smithers.

—De mi amigo... que lo era de la pobre Alicia. Se llevará una impresión tremenda cuando se entere de su asesinato —respondió Samantha.

—Debe ser un tipo de dinero —comentó el joven, en tono intrascendente.

—Lo gana, que no es lo mismo. Conmigo se portó muy bien, cuando estuve enferma hará cosa de un mes. Es médico, como tú, ¿sabes? Quizá lo conozcas; se llama Paul Foreman.

—No me suena —respondió él, meneando la cabeza.

Samantha había dejado el maletín de aseo y el impermeable sobre un diván y estaba preparando bebidas.

—Pasé cuatro semanas curándome y convaleciendo aquí —dijo ella—. Estuve muy enferma, no creas; durante bastantes días, permanecí casi en continuo delirio.

—Sí que fue grave la enfermedad.

—Tifus, diagnosticó Paul. Por eso me trajeron aquí, a fin de evitarme las molestias de una cuarentena en un hospital.

Samantha le entregó una copa.

—Paul y Alicia iban a casarse —siguió—. Ella me dejó la llave, para que viniera a la cabaña siempre que se me antojase, mientras no estuvieran ellos, claro.

Smithers tomó un sorbo de licor.

—¿Cuándo le dirás que Alicia está muerta?

—Ya se enterará por los periódicos. Lo siento, pero ni Pete «El Carnicero» ni Ted Starr saben de esta cabaña, Aquí estaremos seguros unos días.

—¿Estaremos? ¡Mañana tengo que volver a mi despacho!

—clamó él.

Samantha le miró fijamente.

—¿Quieres tener otro encuentro con los hombres de Starr, Ernie?

—Lo que quiero es ir a ver al teniente Kerry y contarle todo lo que sucede—. Smithers apuró la copa y la dejó sobre una mesa—. Bueno, yo te he traído aquí y...

—¡Aguarda! —rogó ella—. No tengas prisa. Si quieres irte, no te lo impediré, pero por lo menos, pasa la noche aquí. Estarás más seguro que en la ciudad.

Smithers vaciló un momento.

—Está bien —rezongó al cabo—. Pero me iré mañana, apenas haya amanecido. ¡Y no vuelvas a acercarte más a mí en los días de tu vida!

Samantha le dirigió una cariñosa sonrisa.

—¡Pobre Ernie! La de líos en, que te he metido... ¡Y lo bueno del caso es que yo soy tan inocente como tú! —Suspiró—. En fin, si no te importa, voy al cuarto de baño a restaurar mi cara un poco. ¡Estoy hecha un adefesio!

Smithers se dirigió al aparador de los licores y se sirvió otra copa.

—Menudo pájaro debe ser el tal doctor Foreman —masculló—. Habrán de pasar diez años o más, antes de que yo reúna el dinero suficiente para construirme una casita con la mitad del lujo que hay aquí.

Se sentó en el diván, filosofando amargamente.

Su vida, plácida y rutinaria, pero agradable, a pesar de todo, había dado un vuelco sensacional en las últimas cuarenta y ocho horas.

Había bastado la irrupción de una linda muchacha en su consultorio, para que todo el orden y la tranquilidad que constituían la norma de su existencia se alterasen fundamentalmente. Un secuestro, golpes, carreras en automóvil, un asesinato...

—¿Adónde voy a parar yo? —gimió.

El diván era muy cómodo. Relajó la tensión de sus músculos y apoyó la nuca en el borde del respaldo, a la vez que cerraba los ojos. Realizó unas cuantas inspiraciones, tratando de hacer que el aire llegase al fondo de sus pulmones.

Empezó a sentirse mejor. Sus nervios también se distendían.

Poco a poco, fue entrando en un agradable estado de duermevela, preludio de un sueño profundo y reparador. A fin de cuentas, la noche anterior no había dormido todo lo bien que hubiera sido de desear. Y el día había resultado bastante agitado, por lo menos en su mitad final.

La voz de Samantha resonó de pronto, haciéndole pegar un bote en el

asiento.

—¡Ernie!

Smithers se pasó la mano por la cara.

—Samantha, ¿quieres matarme de un susto? —se quejó—. ¿Es que no podías haberme llamado con otro tono de voz?

—Lo siento —se disculpó la muchacha, que aparecía ahora mucho más compuesta y arreglada que unos momentos antes—. No me di cuenta de que te habías dormido y... Escucha, ¿no te has dado cuenta de que estamos sin cenar?

El joven sintió de pronto el aguijón del hambre.

—¡Pues es cierto! —exclamó—. Chica, es que teniéndote al lado, uno se olvida de las necesidades más perentorias.

—Gracias —se esponjó ella—. No, no te molestes; yo iré a preparar la cena. Hay un gran frigorífico en casa y Paul lo tiene siempre lleno de alimentos, en previsión de una emergencia como la presente. ¡Qué gusto, hay un hombre que se olvida de comer por mí! —exclamó alborozadamente.

—Me gustaría que supieras comprender el verdadero sentido de mi frase —dijo el joven con toda intención—. No lo dije por ti misma, sino por las cosas que me ocurren cada vez que te tengo junto a mí.

—¡Oh, qué chasco! —exclamó ella, decepcionada—. ¡Y yo que me había hecho ilusiones...! Bueno, a pesar de todo, te traeré de comer. No te muevas, Ernie.

El joven encendió un cigarrillo. Todavía tenía la cerilla junto al extremo del pitillo y la mano le bailó agitadamente, cuando sus tímpanos captaron el agudísimo estridor de un alarido de Samantha.

—¡Ernie!

La voz de la muchacha expresaba, un susto terrible.

Smithers se puso en pie y dio dos pasos hacia adelante. Samantha apareció de pronto en la puerta que daba a la cocina, con el rostro tan blanco como la nieve.

—¿Insistes en seguir con tus propósitos de matarme de un ataque al corazón? —preguntó él de mal talante.

Ella movió la cabeza. Abrió la boca un par de veces, pero no consiguió emitir ningún sonido.

Smithers se acercó a ella y la sacudió fuertemente.

—Vamos, Samantha, habla de una vez. ¿Qué es lo que has visto? ¿Hay fantasmas en la casa?

—Ha... Hay un mu... muerto en el fri... frigorífico... —tartamudeó la muchacha al fin.

—¡Qué! —respingó Smithers—. ¿Un cadáver en la nevera?

Samantha movió la cabeza arriba y abajo repetidas veces.

—¡Y le falta la cabeza! —gimió.

Smithers se dio cuenta de que la chica estaba a punto de desmayarse. Cogiéndola por la cintura, la llevó al diván y la sentó allí. Luego le entregó una copa llena de licor.

—Tómatelo a pequeños sorbos y no te muevas —ordenó perentoriamente.

Se dirigió a la cocina, deteniéndose en el umbral.

El frigorífico era de gran tamaño. Había sido vaciado de cuanto contenía y el cadáver, encogido sobre sí mismo, se hallaba en su interior. Samantha tenía razón le faltaba la cabeza, cercenada a ras de los hombros.

Hacía diez años que Smithers había salido de la Facultad de Medicina. Su especialización psiquiátrica le había evitado la visión de escenas morbosas, por lo que tardó algunos momentos en recobrarse. No era agradable en absoluto ver un cuerpo decapitado.

Respiró hondamente y se acercó al frigorífico. Era imposible, por el momento, conocer la edad del asesinado, aunque le pareció que no podía ser viejo. Cuarenta o cuarenta y cinco años, todo lo más.

Las ropas eran de buena calidad, así como el calzado. Vaciló un momento, dudando si registrarle o no, a fin de conocer su identidad. De pronto, sus ojos captaron un destello metálico en la muñeca derecha.

Se arrodilló. El cadáver llevaba una pulsera metálica, una simple cadena de oro, con una pequeña placa del mismo metal. Había dos iniciales grabadas en la plaquita.

Smithers desenganchó la pulsera con todo cuidado. Regresó al salón.

Samantha le dirigió una mirada implorante.

—¿Qué... Qué has averiguado? —preguntó.

—Una cosa muy interesante, pero no extraña —respondió él.

—¿Qué es lo que tratas de decirme?

—Después de la muerte de Alicia Tymmer, no es extraño que su amigo Paul haya sido también asesinado.

—¡Cómo! —gritó la chica.

Smithers le enseñó la pulserita.

—Llevaba esto puesto —dijo—. Mira sus iniciales.

Samantha tomó la pulsera. La P y la F se leían claramente.

—Es cierto —murmuró, abatida—. Pero ¿por qué lo habrán asesinado?

—Por los mismos motivos que mataron a Alicia. Y por los mismos que te persiguen a ti.

—¡Pero es que yo no sé de qué se trata! —afirmó Samantha—. Ellos dicen que Alicia me entregó algo... Y no es cierto, Ernie, te ruego que me creas.

Smithers se mordió el labio inferior.

—Alicia era la secretaria personal de Ted Starr. No me cabe ya la menor duda de que traicionó a éste... aunque ignoro la forma en que lo hizo. Sin embargo, apostaría algo bueno que se apoderó de documentos

comprometedores para Starr y que trataba de hacerle chantaje. Ellos creen que los tienes tú, eso es todo.

—¿Y qué me dices de Pete «El Carnicero»? —preguntó Samantha—. Es rival de Starr...

—Precisamente por eso mismo. Si «El Carnicero» y Starr son enemigos, ¿qué cosa más lógica que el primero quiera deshacerse de un adversario? El procedimiento no importa... Aunque en este caso, es más seguro y menos comprometido que enviar a sus pistoleros contra Starr, ¿no comprendes?

Samantha se quedó pensativa unos momentos.

—Sí —convino al cabo—. Eso debe ser. ¡Si consiguiéramos averiguar qué fue lo que Alicia quitó a Starr...!

—Nosotros no lo averiguaremos, pero sí lo hará el teniente Kerry —declaró él con firmeza—. Ponte en pie, regresemos inmediatamente a la ciudad.

—Pero, Ernie...

—Si no vienes tú, me iré yo solo, y te quedarás aquí con el cadáver del doctor Foreman.

Samantha se puso en pie de un salto.

—¡No! —chilló—. ¡Me iré contigo, Ernie! ¡Los hombres sin cabeza me asustan muchísimo!

—¿Y a quién no? —dijo él amargamente.

De pronto, al mirar de modo maquinal a través de la ventana, divisó a lo lejos la luz de los faros de un automóvil que se aproximaba a la casa.

CAPÍTULO VII

No era lógico suponer que se tratase de la policía. Smithers reaccionó rápidamente y agarró la mano de la muchacha.

—¿Hay una puerta trasera? —preguntó.

—Sí, la de la cocina —respondió Samantha.

—Está bien, vamos.

Tiró de ella y abandonaron el salón. Al pasar por la cocina, Smithers cerró la puerta del frigorífico de un empujón.

Salieron al exterior. Detrás de la casa había numerosos árboles. La oscuridad era allí completa.

El joven se situó en un lugar desde donde pudiera observar sin ser visto. Mordióse los labios, al pensar que los que venían encontrarían el automóvil parado en la pequeña explanada que había frente a la casa, pero no había ya modo de evitarlo.

El otro coche se detuvo segundos después frente a la cabaña. Dos individuos, pistola en mano, saltaron de su interior.

Smithers los reconoció en el acto; habían formado parte del trío que había irrumpido en su despacho, buscando a Samantha. Uno de ellos era el llamado Bugey, con el volumen y los movimientos de un elefante.

—Quédate fuera vigilando la casa —ordenó Bugey—. Yo iré a ver quién hay dentro.

—De acuerdo —respondió su compinche.

Bajo la cómplice oscuridad que les protegía, Smithers y Samantha se contemplaron un instante. Ambos habían concebido a la vez el mismo pensamiento.

El joven se palpó el bolsillo de su chaqueta, donde tenía el revólver. Sacó el arma y sin hacer el menor ruido, se deslizó sigilosamente hasta las cercanías del automóvil de los pistoleros.

El hampón permanecía inmóvil, contemplando la casa. Smithers se le acercó por detrás y le apoyó el cañón del revólver en la nuca, a la vez que le tapaba la boca con la otra mano.

—Un solo movimiento y te aso —dijo truculentamente.

El hampón se puso rígido. Smithers levantó la mano derecha y le golpeó con todas sus fuerzas detrás de la oreja. El hombre se desplomó

fulminado.

Smithers se inclinó sobre él y le desposeyó de la pistola. Luego corrió hacia la entrada de la casa.

Apenas un segundo después salió Bugey.

—¡Frankie, no hay...!

—Sí hay —le interrumpió Smithers, colocándole el revólver junto a la oreja—. Estira las zarpas, pronto.

Bugey obedeció en el acto. El joven alargó la mano izquierda y le quitó también la pistola.

—¡Ya puedes salir, Samantha!

Los pasos de la muchacha se oyeron casi al instante.

—¡Bravo, Ernie! —dijo—. Eres un magnífico cazador.

—Un poco de suerte —admitió él modestamente—. ¿Qué, interrogamos a este hombre de las cavernas?

—No hablaré —dijo Bugey en tono hosco—. Y puedo aguantar bastante, de modo que...

Samantha sonrió.

—Eso de que no vas a hablar, lo veremos ahora mismo. Ernie, mete a este simio en la casa.

—De acuerdo. Andando, Bugey.

El pandillero obedeció, bajo la amenaza del revólver.

—Haz que se siente en esa silla y tenlo inmóvil hasta que te diga —ordenó la muchacha.

Samantha desapareció en el interior de la casa y regresó a poco con una sábana, que rasgó en tiras.

—Ataré primero al de afuera, para que no nos de un disgusto si se despierta ante el tiempo —dijo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Smithers, intrigado.

—Un poco de paciencia —sonrió ella.

Salid a la explanada y regresó un minuto después, entregándose con toda afición a la tarea de atar a Bugey.

A continuación, y en medio de la perplejidad del joven, que no comprendía en absoluto sus intenciones, Samantha trajo una lámpara de pie, que colocó al lado del indefenso pandillero.

Luego hurgó en su maletín y extrajo un objeto que mantuvo detrás de su espalda.

—Bugey, ¿trabajas para Ted Starr?

—Sí, ¿qué pasa? —respondió el hampón en tono desafiador—. Vosotros no me vais a «apiolar», de modo que todo lo que hagáis será inútil.

Samantha sonrió de nuevo.

—Bugey, ¿te gustaría verte perseguido por tarántulas gigantesas? ¿O tal vez te dan más miedo los pulpos?

El pistolero la miró atónito.

Samantha continuaba sonriendo. Sentóse en el borde de la mesa, y se recogió un poco la falda, de modo que sus rodillas quedaran al descubierto.

La mirada de Bugey se fijó inmediatamente en las piernas de la muchacha. Smithers hizo lo mismo y tuvo que convenir consigo mismo que Samantha poseía unas rodillas preciosas.

De pronto, Samantha sacó el objeto que tenía a su espalda. Era una bola de vidrio, con numerosas facetas risadas, que pendía de una delgada cadenita. Samantha movió el índice y el pulgar suavemente y la bola empezó a girar.

Las facetas despedían vividos destellos al ser heridas por la luz de la lámpara.

—La verdad es —dijo Samantha en tono intrascendente—, que estas horas no son las más apropiadas para estar despierto—. Se dio unos golpecitos en la boca, simulando ahogar un bostezo—. ¡Qué sueño tengo! Tú también, ¿verdad, Ernie?

Smithers contuvo el aliento al comprender las intenciones de la muchacha. Era siquiatra y al instante se dio cuenta de lo que pretendía Samantha.

—Claro que sí —bostezó aparatosamente—. Me iría a la cama, pero estos idiotas me lo han impedido.

—¿Y tú, Bugey, no tienes sueño también? —preguntó Samantha suavemente—. ¿Verdad que estás muy cansado? ¡Qué bien te sentaría ahora una cabezadita! ¿eh? ¿No es cierto que te están entrando ganas de dormir? ¿Por qué no duermes?

La voz de Samantha se había hecho persuasiva, insinuante.

—Anda, Bugey, duerme, duerme...

La bola de vidrio seguía girando y enviando destellos a los ojos de Bugey.

—Duerme, Bugey, duerme...

Los ojos del pandillero estaban muy abiertos. De pronto, Samantha preguntó:

—¿Estás dormido, Bugey?

—Sí —contestó el aludido con voz espesa.

Smithers se quedó atónito. Acababa de asistir a una sesión de hipnotismo realizada con toda pericia por una aficionada, cuando a él mismo, que era un experto le costaba muchísimo conseguir dormir a sus pacientes... Y no siempre lo conseguía.

—Dime, Bugey, ¿a qué has venido aquí? —preguntó Samantha.

—A buscar al doctor Foreman —respondió el pistolero, opacamente.

—¿Por orden de Pete «El Carnicero»?

—Sí.

—¿Me buscabas a mí?

—No.
—¿Para qué querías ver al doctor Foreman?
—Tenía que entregarme algo.
—¿Qué es ese algo?
—No lo sé. Mi jefe me dijo solamente que el doctor me daría una cosa.
—¿A cambio de dinero?
—No lo sé.
—¿No has oído nada a tu jefe que pueda indicarnos lo que el doctor debía entregarte?
—No.
—¿Cuánto iba a pagar tu jefe por lo que el doctor debía entregarle?
—Lo ignoro.
—¿Sabes que Alicia Tymmer ha sido asesinada?
—Sí.
—¿Quién te lo ha dicho?
—Dieron la noticia por radio.
—¿La mataste tú, Bugey?
—No.
—¿Quién fue?
—Lo ignoro.
—¿Pete «El Carnicero» o alguno de sus pandilleros?
—Tal vez, no lo sé.
—Alicia había traicionado a Starr, ¿no es cierto?
—Creo que sí.
Samantha miró a Smithers.
—Creo que ya no obtendremos nada más de él —murmuró.
El joven asintió en silencio.
Samantha volvió a dirigirse al hampón.
—Escúchame bien, Bugey. Voy a darte un consejo. Cada vez que intentes hacer algo contra nosotros te echaré encima mi tarántula gigante doméstica. ¿Me has oído? Y para que veas que no te engaño, mírala. Está en la puerta de la sala, esperando una orden mía para atacar.
El rostro del pistolero expresó el más vivo horror.
—¡Quite eso de mí vista! —aulló.
Samantha agitó la mano.
—¡Adentro, «Susie»! —fingió la orden.
Smithers se estremeció. La visión de Bugey debía haber sido horrible.
Samantha chasqueó los dedos.
—¡Despierta, Bugey! ¡Ya has dormido bastante, gandul!
El pistolero se agitó en la silla.
—¡Maldición! ¿Qué han estado haciendo conmigo? —rugió.
—Simplemente, te he hipnotizado —respondió Samantha, sonriente.
Bugey la miró atónito.

—¿Hipnotizado? —repitió—. ¡Condenada mujer! Voy a...!

Poseía una fuerza prodigiosa y rompió sus ligaduras con una terrible sacudida, poniéndose en pie de un salto. Dio un paso hacia la muchacha, pero de repente, su rostro expresó un pánico absoluto.

—¡No, la tarántula no! —chilló. Y se lanzó como un loco a través de la ventana más próxima.

Segundos después, los dos jóvenes escuchaban el rugido del automóvil al arrancar a toda velocidad.

Smithers se precipitó hacia la puerta. El otro pistolero continuaba atado en el suelo. Bugey le había abandonado, loco de pánico.

—Eres terrible, Samantha —dijo, meneando la cabeza—. ¿De qué tamaño era la tarántula?

—Oh, no muy grande, apenas como un cordero —respondió ella volublemente.

Smithers se pasó la mano por la cara.

—No quisiera por nada del mundo estar en el pellejo de Bugey —dijo.

—Peor estarías dentro del frigorífico —contestó ella con intención.

—Es verdad —concordó el joven—. Pero si «El Carnicero» no mató a Alicia ni a Foreman, como así parece, ¿quién lo ha hecho?

—Starr, seguro.

—Bien, entonces, no nos queda más que hacer una cosa: Avisar a la policía. Recoge tus cosas y ven al coche —ordenó Smithers—. O quédate, me es igual, pero desde luego, yo no aguanto aquí ni un segundo más.

—Está bien —se resignó Samantha—. Guarda un poco.

El otro pistolero continuaba atado en el suelo, pero había recobrado ya el conocimiento. Smithers se inclinó sobre él y le desató las manos.

—Ya te soltarás tú mismo los pies —dijo.

—El señor Starr tendrá mucho que hablar cuando se entere de lo que me habéis hecho —gruñó el rufián.

—Sí, pero te lo dirá a ti y no a nosotros —contestó el joven con brillante sonrisa—. ¿Qué me cuentas de tu amigo Bugey? ¿Viste cómo salía de la casa a todo correr?

El hampón se quedó parado. Ya no tuvo tiempo de decir nada más. Samantha salía de la casa en aquel instante.

—¿Vamos, Ernie?

Smithers puso el auto en marcha. Samantha se sentó a su lado y se frotó la espalda contra el asiento.

—¡Este picor me va a matar un día! —se quejó una vez más.

CAPÍTULO VIII

Smithers permaneció callado hasta haber perdido la cabaña de vista. Al fin rompió el silencio con una pregunta:

—¿Podrías decirme dónde adquiriste esa habilidad para hipnotizar a la gente?

—Me lo enseñó mi padre —respondió ella—. Era un artista en su género y yo fui su «partenaire» durante muchos años. Murió no hace dos siquiera.

—Lo siento. ¿Era ese el número que presentabas en el local de Starr?

—Sí.

—Y entonces, supongo, tú fuiste la que hizo ver dos fieros leones al pistolero que vigilaba la entrada de la casa donde yo estaba secuestrado.

—Justamente. Me detuvo, empecé a charlar con él, le distraje un poco, le hipnoticé... y empezó a ver leones —terminó Samantha, riendo.

—Eres soltera, ¿no? —preguntó Smithers.

—Sí. Pero espero casarme algún día.

—¡Pobre de tu esposo! ¿Le llevarás a la iglesia hipnotizado?

Samantha le dirigió una sugestiva mirada.

—Ernie, dime, ¿de veras crees que necesito hipnotizar a un hombre para conquistarlo?

Smithers lanzó un gruñido.

—No trates de apartar mi vista del camino o nos estrellaremos.

—Pero aún no has contestado a mi pregunta. ¿Te gusto? ¿Soy bonita?

—¡Pse! Puedes pasar —dijo él en tono indiferente.

—¡Que puedo pasar! —se enojó Samantha. De pronto se hundió en el asiento—. Ya sé lo que no te gusta de mí —dijo, decepcionada.

—¿Qué es, Samantha?

—Soy bajita y tú eres un hombre muy alto. A ti te gustaría casarte con una mujer alta, esbelta, distinguida, de modales suaves, incluso un tanto sofisticada... la esposa ideal para un psiquiatra de fama.

—¡Tonterías! El día en que me case buscaré en mi mujer... Pero ¿por qué diablos he de preocuparme por ese problema, cuando la verdad es que soltero estoy muy a gusto? Hay otros problemas más urgentes que resolver, Samantha.

—¿Cuáles, Ernie?

—¡Por el amor de Dios! Alicia y Foreman han sido asesinados, recuérdalo. Eran amigos tuyos, que yo sepa.

Samantha se mostró preocupada.

—Es cierto —murmuró—. Pero no creo que la policía pueda averiguar nada.

—Bueno, el teniente Kerry dispone de medios que nosotros no tenemos.

—¿Le avisarás, Ernie?

—Sin duda alguna. En cuanto lleguemos a la ciudad —aseguró él.

Samantha se quedó pensativa unos momentos.

—Ernie, se me acaba de ocurrir una idea —dijo.

—¡No! —gritó él—. Tus ideas acaban siempre en catástrofe, Samantha. Ella se enfadó.

—¡Vaya un aprecio que me haces! —protestó.

—Se te ocurrió refugiarte en mi consultorio y me secuestraron a las pocas horas. Luego ideaste escondernos en la cabaña de Paul y... ¿Es necesario que siga hablando?

—No, pero esta idea es buena, Ernie.

—Muy bien, pues guárdatela para ti.

Las luces de la ciudad se divisaban ya a lo lejos.

Smithers consultó su reloj de pulsera y se estremeció. Eran las tres de la mañana.

—¿Cuándo podrá dormir a gusto? —rezongó.

—¿Decías, Ernie...?

—Nada —gruñó él, de mal talante.

—Estás insoportable —protestó Samantha—. Mi idea era buena —insistió.

El joven vaciló unos momentos.

—Bien, no puedo negarte el derecho a exponerla —dijo al cabo.

—Se trata de hacer hablar a Ted Starr y saber qué es lo que busca con tanto ahínco, ya que Bugey ni siquiera lo sabe.

Smithers reflexionó unos momentos.

—No —rechazó finalmente.

—Acudiría con una banda de gorilas dispuestos a todo. Yo soy un siquiatra, no un héroe de historieta gráfica, Samantha.

—Pero si Starr acudiese solo...

El joven emitió una sarcástica carcajada.

—¡Qué ilusa! ¿Crees que accedería a la entrevista?

Samantha se pavoneó.

—Soy pequeñita, pero Starr no hacía más que revolotear continuamente a mi alrededor. Si yo hubiera querido...

—Haz lo que quieras —dijo Smithers—, pero no cuentes conmigo.

—Está bien —suspiró ella—. ¿Puedo pedirte, al menos, que no me

menciones cuando avises a la policía?

El joven volvió a dudar.

—Ahora no sé si hacerlo —murmuró.

—Foreman está muerto. ¿Le devolverás a la vida si avisas al teniente Kerry?

—Pero es mi deber ciudadano...

—Entonces, avísale desde un teléfono público. No te des a conocer.

Smithers terminó aceptando el consejo de la muchacha. Pero después detenía el auto a la puerta de su casa.

—Sube, Samantha —invitó.

Ella aceptó en el acto.

—Supongo que tendrás algo de comer. Estoy desfallecida.

—Desde luego. En mi frigorífico no hay cadáveres.

—Lo cual, bien mirado, no deja de ser una suerte.

Samantha actuó con desenvoltura. Preparó unos bocadillos y comieron con apetito.

Al terminar, Smithers entró en su dormitorio y salió con una almohada y un par de mantas.

—Yo dormiré en el diván —dijo—. Lo siento, pero no tengo habitación para huéspedes.

—Eres un chico encantador —sonrió ella.

—La llave del dormitorio está al otro lado de la puerta —dijo Smithers significativamente.

—Donde hay un caballero, las llaves sobran. Buenas noches, Ernie —dijo Samantha, dirigiéndole una profunda mirada.

Smithers se tendió en el diván y apagó la luz. Momentos más tarde y pese a sus preocupaciones, dormía como un tronco.

Despertó cuando la luz del día le dio de lleno en los ojos. Estiró los brazos voluptuosamente y echó la manta a un lado.

La ducha fría le tonificó notablemente. Después del aseo y afeitado correspondientes, se vistió y regresó a la sala.

Samantha debía estar durmiendo aún, calculó. Prepararía el desayuno y la llamaría cuando estuviese a punto.

Se encaminó a la cocina. Acercó su mano a la llave del gas y entonces divisó una nota, prendida en la tapa de la cafetera.

Arrancó el papel. La letra, indudablemente, era de Samantha.

«Perdona mi rápida ausencia, pero no quiero meterte en más jaleos. Gracias por todo, Ernie; ya sabré arreglármelas yo con Starr.

S. C.».

Smithers estrujó el papel ¡Samantha se había ido!

—¡Esa chica está loca —dijo en voz alta, y arrimando la cafetera al fuego se dio cuenta de que el recipiente conservaba aún buena parte de su calor.

Ello le dijo que Samantha se había ausentado poco antes de despertar él. Empezó a reflexionar.

Al cabo de unos momentos, llegó a una conclusión; Samantha no podía estar más que en un sitio.

Desayunó rápidamente. Luego llamó a su consultorio y dijo a la enfermera que probablemente no despacharía las visitas aquel día.

Al terminar, salió de la casa corriendo. Respiró aliviado.

—Por lo menos —dijo—, no se ha llevado mi coche.

Unos segundos más tarde arrancaba en dirección a la casa de las colinas.

Mientras rodaba a toda velocidad, se preguntó qué le había dado Samantha para obligarle a actuar de alguna manera.

—Estoy actuando como si me hubiera hechizado —se dijo.

Y, de repente sintió una terrible alarma. ¿Hechizado o hipnotizado, no eran cosas muy parecidas?

—No —exclamó en voz alta, para tranquilizarse a sí mismo—. Si me hubiera hipnotizado, estaría ahora con ella.

Lo cual le hizo sentirse mucho más tranquilo respecto de sí mismo, pero no en lo que se refería a la suerte que pudiera haber corrido Samantha.

* * *

Detuvo al automóvil a un kilómetro de la casa, en una curva desde la cual no pudiera ser visto. Luego cubrió a pie el resto del camino, procurando moverse por los lugares más discretos.

Cuando estuvo en las inmediaciones de la casa divisó dos automóviles parados frente a la misma. Uno de ellos, no cabía la menor duda, tenía que ser el de Samantha.

El otro, seguramente, pertenecía a Ted Starr.

Smithers se acercó cautelosamente al edificio y miró por un ángulo de una de las ventanas que daban al salón. Samantha y Starr estaban allí, hablando frente a frente.

—Te lo dio Alicia —gritaba Starr en aquel momento—. Ella fue una traidora; yo confiaba en su discreción, pero me traicionó miserablemente...

—¿Qué fue lo que me dio Alicia? —preguntó Samantha, sin impresionarse demasiado por la actitud hostil del forajido.

—Demasiado lo sabes... —gruñó Starr—. Mira, seré comprensivo

contigo. Dime dónde está o entrégamelo, lo mismo da, y te pagaré diez mil dólares. En el acto, ahora, aquí mismo —exclamó Starr tajante.

—¿No me dirá de qué se trata, señor Starr?

—¡Y un cuerno! ¡Eso es cosa que solo me importa a mí! ¡Además, a estas horas ya debes saber qué es!

—Supongamos que se lo diera; ¿no me mataría después, para hacerme callar, lo mismo que mató a Alicia?

Starr pegó un respingo.

—¡Yo no la maté! —protestó airadamente.

Smithers frunció el ceño. ¿Cómo pensaba Samantha hipnotizar al hampón, si no tenía su bola de reflejos?

Entonces se dio cuenta de que la muchacha se acariciaba continuamente una joya que llevaba en el escote del vestido.

Smithers levantó la vista un segundo. El sol penetraba a raudales en la habitación.

Sonrió. La muchacha era lista. Samantha sabía que Starr conocía sus trucos. Usar la bola de reflejos habría sido tanto como delatar sus intenciones.

Por dicha razón, le estaba enviando a los ojos los destellos que emitía la joya al ser movida por sus dedos.

—A mí me parece que está usted muy cansado, señor Starr —dijo Samantha suavemente—. Duerme poco, está muy preocupado... ¿De veras que no ordenó matar a Alicia?

—Ya te he dicho que no —Starr hizo una mueca, tomó una silla y se sentó, relajando las piernas—. Las preocupaciones me van a matar, muchacha.

—Debe ser muy importante lo que le quitó Alicia, ¿no es cierto?

—Sí. Me costaría caro si se hiciese público —admitió el hampón.

—Más caro le costará si no duerme. El descanso es vital, señor Starr, vital para el cuerpo y el alma. ¿Por qué no intenta dar una cabezadita? Vamos, duérmase... ¿Qué importan unos minutos más o menos? Duerma y luego le entregaré eso que me dio Alicia... Vamos, duerma, duerma...

La respiración de Starr se hizo sosegada.

—¿Me lo darás de veras? —preguntó.

—Claro que sí. Ande, cierre los ojos y abandone sus preocupaciones por unos momentos. Nada como el sueño para olvidarlo todo... El sueño... El sueño... Duerma.

Starr dobló la cabeza sobre el pecho. Samantha se inclinó ávidamente sobre él.

Smithers no se atrevía a intervenir. Cualquier distracción podría resultar perjudicial. Era preciso que Samantha actuase libremente.

La muchacha preguntó:

—¿Está dormido, señor Starr?

—Sí —contestó el hampón con voz opaca.

—Muy bien. Entonces, supongo que no tendrá inconveniente en contestarme a unas preguntas.

—Desde luego.

—¿Qué fue lo que le robó Alicia Tymmer?

—Mis libros secretos de contabilidad —respondió Starr.

CAPÍTULO IX

Conque era eso, se dijo el joven. Pero en tal caso, ¿dónde los había escondido Alicia?

Siguió escuchando.

—¿Por qué le robó Alicia esos libros? —inquirió Samantha.

—Para hacerme chantaje.

—¿Qué le pedía?

—El «Eagle».

—¡Vaya! No era modesta, precisamente. Su local vale mucho, ¿verdad?

—Sí. Y, además, tenía que entregarle cien mil dólares en billetes.

—¿Estaba el doctor Foreman de acuerdo con ella?

—Supongo que sí.

—Foreman ha muerto. ¿Lo sabía usted, señor Starr? El hampón se estremeció.

—No.

Smithers supo así que Starr no mentía.

—¿Lo mató usted?

—No.

—¿Quién pudo ser, en su opinión?

—Pete «El Carnicero».

—«El Carnicero» es su enemigo y desea quitarle de en medio, para quedarse solo en la ciudad, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces, asesinó también a Alicia.

—Sí.

—Eso creo.

—Lo cual significa que los libros están en su poder ahora.

—Tal vez.

Aquello no resultaba muy congruente, se dijo Smithers. Si «El Carnicero» tenía en sus manos los documentos que tanto comprometían a Starr, ¿por qué perseguir, entonces, a Samantha?

La muchacha continuó su interrogatorio.

—Si Pete tiene los libros, ¿por qué no ha actuado contra usted?

—Porque me tiene miedo y sabe que mis hombres le barrerían a

balazos.

—Lo cual significaba que está esperando la ocasión propicia para atacarle sin temor a represalias.

—Sí.

—¿Piensa usted anticipársele?

—Estoy tratando de llegar a un acuerdo con él.

—Una lucha de bandas los perjudicaría a ambos ¿no es eso lo que quiere decirme?

—Claro.

—Alicia no me entregó los libros. Yo no los tengo ¿Me oye usted, señor Starr?

—Sí.

—Eso significa que a partir de este momento debe dejar de molestarme. Como tampoco molestará al doctor Smithers. ¿Está claro?

—Sí.

Samantha chasqueó los dedos.

—¡Despierte, idiota! —dijo.

Starr abrió los ojos y miró torpemente en torno suyo. De pronto comprendió y lanzó un rugido de rabia.

—¡Maldita! ¡Me has hipnotizado!

Samantha rió alegremente.

—Claro que sí —admitió—. Y le aseguro que me ha dicho muchas cosas de gran interés.

Starr se puso en pie de un salto. Extendió las manos hacia ella, pero una fuerza invisible pareció detener su gesto.

—Nunca podrá atacarme ya, señor Starr —manifestó ella desenvueltamente—. He imbuido en su subconsciente la orden de respetarme y la cumplirá, le guste o no le guste.

—¡Eres una...!

Starr se miró sus manos. Hizo un nuevo esfuerzo por atacar a la muchacha, pero nuevamente se vio detraído por una fuerza superior a él mismo.

—Ya puede marcharse —dijo Samantha tranquilamente—. Ahora veré si puedo recuperar los libros que Pete tiene en su poder.

—Te pagaré diez mil dólares si me los devuelves, Samantha.

—Irán derechitos a la policía. Sus asuntos son demasiado turbios y la ciudad necesita una limpieza. Márchese, Starr; está acabado.

El hampón vaciló. Sentíase impotente contra la muchacha.

Smithers decidió que ya era hora de hacerse visible y entró en la casa.

—Hola, Samantha. ¿Qué tal, señor Starr?

Los dos se volvieron, asombrados de hallarle en aquel sitio.

—¡Ernie! —exclamó ella—. ¿Cómo has sabido que estoy aquí?

—Empleando el método deductivo —respondió él—. ... Pero habrás de

permitirme que te haga una advertencia.

—Por supuesto, Ernie.

—Has ordenado a Starr que no te ataque más.

—Lo has oído todo —dijo Samantha, acusadoramente.

—En efecto. Pero esa orden que has dado a Starr irá borrándose poco a poco de su subconsciente. Starr acabará por recobrar su verdadera personalidad con el tiempo. Ten cuidado entonces.

Samantha se mordió los labios.

—¿Cuánto tiempo durará la impresión mental en su subconsciente?

—Depende del potencial cerebral de cada persona y de su capacidad de recepción —respondió él.

—¿Una semana?

—Imposible predecirlo, aunque desde luego, pasará algún tiempo antes de que Starr haya reunido la suficiente fuerza mental para quebrantar la orden que le diste.

—Bueno, con que aguante una semana creo que tendré suficiente. ¿Qué te parece que hagamos?

Starr asistía silenciosamente al diálogo. Pese a todo, el joven no le perdía de vista.

La orden se refería a Samantha y no a él. Smithers señaló la puerta.

—Starr, lárguese.

—La casa es mía —protestó el hampón.

Smithers le agarró por el cuello de la chaqueta y le empujó a viva fuerza hacia la puerta.

—Hace unos días, sus esbirros me golpearon a conciencia aquí. Váyase, antes de que me tome el desquite. ¡Largo!

Aplicó el pie al final de la espalda de Starr y lo empujó con todas sus fuerzas. Starr rodó por el suelo, lanzando un agudo grito de rabia.

Smithers le apuntó con el revólver.

—¡Fuera! —ordenó en tono duro, inapelable.

El hampón le amenazó con el puño.

—Volveremos a vernos —aseguró.

Montó en su coche y unos momentos más tarde se había perdido de vista.

Samantha puso la mano en el brazo del joven.

—Ernie, ¿por qué viniste aquí? —preguntó.

—Bueno, temí que Starr no querría acudir solo...

—Aceptó apenas se lo propuse —sonrió ella—. La falta de esos libros le traen loco.

—Sí, pero Pete «El Carnicero» no los tiene —aseguró él.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Por qué te iban a perseguir, en tal caso?

Samantha se quedó muy pensativa.

—No se me había ocurrido esa idea —dijo.

—¿Y no sabes dónde pueden estar los libros?

—No, en absoluto.

—Alicia debió esconderlos muy bien —sugirió el joven.

—Eso creo yo, Ernie. Pero ella no me entregó nada, te lo aseguro.

Smithers reflexionó unos momentos.

—Tu amiga Alicia resultó no ser la buena chica que tú creías.

—Es cierto —concordó Samantha, suspirando profundamente.

—¿Y Foreman? También era amigo de ella.

—No sé qué decirte, Ernie. ¡Se portaron tan bien conmigo, cuando estuve enferma!

—Ambos pensaban obtener un buen pico, a costa de Starr —dijo él—. Pero si ahora están muertos y Pete no tiene los libros, ¿dónde están y quién los tiene?

—¿Y si «El Carnicero» los asesinó y ahora tiene los libros en su poder, como ha sugerido Starr?

Smithers se paseó nerviosamente por la habitación.

—Estamos haciendo conjeturas en vano, Samantha. En estos momentos, lo procedente es buscar los libros.

—¿Dónde? —preguntó ella.

—¿Vivían juntos Alicia y el doctor Foreman?

—No. Cada uno tenía su propio apartamento.

—Bien, entonces, la solución es relativamente sencilla. Registraremos los apartamentos y...

—Ernie, ¿crees que no lo habrá hecho ya la policía?

—A pesar de todo —insistió él.

—Bueno, como quieras. ¿Vamos?

—De acuerdo.

Samantha le cogió repentinamente por el brazo.

—Ernie —dijo, mirándole a los ojos.

—¿Qué quieres, Samantha?

—¿Por qué has venido aquí?

—Ya te he dicho que...

—No —le atajó ella—. Quiero una explicación convincente.

—Tú lo que quieres es que te regale los oídos, ¿no?

—Me gustaría mucho —dijo Samantha sin rebozo.

—Pues no te daré ese gusto —rezongó él—. Vámonos de una vez o me iré solo.

Ella lanzó un fuerte suspiro.

—¡Qué hombre! —se lamentó—. Si yo tuviera cinco centímetros más de estatura...

Smithers la contempló apreciativamente.

—Con el tipo que tienes, la estatura no importa. A mí me gustan así y...

Pero ¿qué estupideces estoy diciendo? —se interrumpió enojadamente—. Tú y tu estatura me importáis un rábano.

Y dio un par de pasos hacia la puerta, mientras Samantha, lanzaba un suspiro y decía:

—¡Qué hombre, Dios mío, qué hombre!

Caminó tras él. En el mismo momento, Smithers abrió la puerta.

Algo chocó contra la jamba con terrible fuerza, a la vez que se oía el claro estampido de un arma de fuego.

—¡Rayos, nos están tiroteando! —exclamó el joven a la vez que retrocedía precipitadamente y pegaba un empujón a la puerta.

Un segundo proyectil atravesó la madera e hizo volar por los aires una larga astilla de madera. La bala pegó en el suelo, rebotó agudamente y fue a clavarse en la pared opuesta.

Smithers agarró a Samantha por un brazo y la empujó hacia el muro, al abrigo de los proyectiles. Quedaron los dos protegidos por el trozo de pared que había entre la puerta y una de las ventanas que daba al exterior.

Samantha estaba muy pálida.

—¿Quién es? —preguntó.

Sonó otro estampido. La bala perforó la madera sin la menor dificultad.

—Están tirando con un rifle —dedujo Smithers.

—Luego no es Ted Starr.

—Las detonaciones sonarían más potentes —contestó él—. A mi entender, están tirando desde unos cien metros de distancia. ¡Quieta, Samantha; no te muevas!

El joven asomó cautelosamente parte de la cara por la ventana y miró al frente de la casa.

A unos ciento veinte metros de distancia se divisaban unos arbustos de gran tamaño. De pronto brilló un chispazo y se escuchó una detonación.

La bala rompió un cristal y se hundió en la repisa de la chimenea, situada en el lado opuesto. Smithers se retiró instintivamente.

—No podemos hacer nada contra ese tipo —masculló—. Un rifle contra una pistola; nos haría pedazos apenas intentáramos algo.

—¿Y si rodeáramos la casa para sorprenderle por detrás? —sugirió la chica.

Smithers consideró la proposición.

—No. El terreno está bastante despejado, antes de llegar a los primeros árboles, y nos alcanzaría con facilidad.

—Entonces, ¿hemos de resignarnos a seguir aquí?

—Bueno, a fin de cuentas, dispongo de una pistola. Si nosotros no podemos salir, él tampoco puede acercarse. —Consultó la hora—. Son las doce del mediodía. Nos iremos cuando sea de noche. Ten paciencia, Samantha.

—De acuerdo —dijo ella, resignadamente—. ¿Tienes un cigarrillo a

mano, Ernie?

El joven estaba mirando a través de la ventana, aunque fue procurando no ser visto. Metió la mano en el bolsillo y entregó a Samantha el paquete de tabaco.

—¡En! —exclamó de pronto—. ¡El tipo se marcha!

Samantha se situó junto al joven y vio a un hombre que corría por la base de la colina, hasta rodearla por el otro lado y desaparecer de sus ojos en contados segundos.

—¿Le conoces? —preguntó él.

—No. La distancia era excesiva, y, además, estaba de espaldas. Debía ser alguno de los hombres de Pete «El Carnicero», seguramente.

—Es posible. ¿Por qué habrá escapado?

—Seguramente —contestó Samantha, con una extraña entonación de voz—, porque ha visto un coche que viene hacia la casa.

CAPÍTULO X

Smithers contuvo una gruesa interjección.

La muchacha estaba en lo cierto. Un automóvil se aproximaba a la casa y se hallaba ya a menos de doscientos metros.

Seguramente lo había visto el emboscado y esta era la razón de su precipitada huida, dedujo el joven.

—¿Es posible que Starr haya traído refuerzos tan pronto? —preguntó.

—Bueno, ahora saldremos de dudas —dijo Samantha, esforzándose por mantener la serenidad.

—Esto parece una comedia de enredo, en donde los actores entran y salen sin parar. Unos van, vienen otros... —Apretó el revólver con mano firme—. Bueno, esos no parece que traigan rifle.

—En ese caso, podríamos escapar por la parte posterior, ¿no te parece?

Antes de que Smithers pudiera contestar, el coche se detuvo junto al de Samantha y cuatro hombres saltaron de su interior.

—¡Es Pete «El Carnicero»! —exclamó la muchacha—. ¡Y Bugey viene con él! Seguramente, ha cambiado de bando.

—¡Demonios! —gruñó Smithers. Y levantó la mano armada, disponiéndose a hacer fuego.

Repentinamente, Samantha abrió la puerta y lanzó un penetrante grito:

—¡Bugey, cuidado, la tarántula gigante!

Y cerró en el acto.

Bugey lanzó un penetrante alarido de pavor. Sacó la pistola y empezó a disparar a diestro y siniestro, provocando una estampida en sus compinches, quienes no sabían los motivos del tremendo pánico que mostraba el hampón.

—¡Ahora es la ocasión, Ernie! —dijo Samantha, agarrándole por una mano.

Los dos jóvenes atravesaron la casa a todo correr y salieron por la parte posterior, encaminándose a un grupo de árboles que había a unos cien metros de distancia.

Delante del edificio se había producido un jaleo espantoso. Bugey estuvo disparando hasta que se acabaron las municiones.

Entonces, ciego por el pánico, giró sobre sus talones y se metió en el

automóvil, escapando a toda velocidad antes de que sus compañeros pudieran detenerlo.

La imprevista acción de Bugey permitió a la pareja alcanzar al refugio de los árboles.

—¡Tiéndete en el suelo! —ordenó él.

Situado tras un árbol, estudió la situación.

Pete «El Carnicero» y los otros dos pistoleros estaban frente a la casa, sumidos en el más absoluto desconcierto. Samantha emitió una suave risita.

—Van a estar sin dormir durante un mes —dijo.

—Aguarda un poco; todavía no han terminado.

Los tres hampones penetraron en la casa. Instantes después les vieron asomar por la parte posterior.

Los forajidos vacilaron. De repente, su jefe dio una orden y se separaron para acercarse a los árboles, pistola en mano.

—Esto se pone feo —murmuró Samantha.

Smithers se fijó en Pete «El Carnicero», un sujeto de aspecto brutal, con nariz de boxeador y ojos muy pequeños. Cuidadosamente, levantó el revólver y apuntó al cuerpo del forajido.

Los otros dos se hallaban aún a mayor distancia.

—No nos han visto todavía —susurró la chica—. Dale a Pete en un remo; los demás se rendirán en el acto.

Smithers asintió y bajó ligeramente el cañón del revólver. Era evidente que el hampón estaba desorientado.

A treinta metros, apretó el gatillo. Pete lanzó un grito y cayó al suelo, agarrándose la pierna con ambas manos.

Los dos pistoleros se volvieron inmediatamente. Antes de que pudieran hacer nada, Smithers corrió hacia el caído y se arrodilló a su lado, colocándole el cañón del revólver junto a la frente.

—Si tus hombres disparan un solo tiro, cuéntate entre los difuntos —le amenazó truculentamente.

Samantha se hizo cargo de la pistola del hampón. Este, mortalmente pálido, lanzó un agudo grito:

—¡Johnny, Frankie, no tiréis!

—Añade que vengan con las manos en alto —ordenó el joven. Y nada de trucos, ¿eh?

—Tirad las pistolas, muchachos —ordenó Pete con voz doliente—. ¡Rayos, la pierna me abrasa!

—Dichoso tú, que te puedes quejar —contestó el joven con toda frescura—. Samantha, apúntale a la cabeza, ¿quieres?

—Con mucho gusto.

Los otros dos pistoleros se acercaron con las manos en alto, avergonzados de la rápida derrota que habían sufrido.

—Míralos, Samantha —dijo Smithers—. ¿Qué te parecen, micos o chimpancés?

—Bueno, yo diría que son avestruces, a juzgar por su aspecto —respondió ella mordazmente—. Las manos detrás de la nuca, muchachos.

Los pistoleros obedecieron. Pete lloriqueó:

—Me duele la pierna... Me estoy desangrando...

—No te morirás —dictaminó Smithers, tras un rápido vistazo al miembro lisiado—. Es solo un simple sedal, que interesa los músculos. Cojearás un par de semanas, sin más complicaciones. Vosotros —se dirigió a los pistoleros—, llevadlo a la casa. Allí veré qué puedo hacer para curarlo.

Johnny y Frankie obedecieron en el acto, mantenidos a raya bajo la amenaza de la pistola que empuñaba la muchacha resueltamente. Momentos después, Pete quedaba tendido sobre un diván.

Samantha ordenó a los pistoleros que se situaran en el rincón más distante de la sala. Ella quedó junto a su jefe, con la boca de la pistola apoyada en su cabeza.

—Un solo parpadeo y este gorila es mono muerto —dijo, adoptando un tono altisonante.

Mientras tanto, Smithers hurgaba por la casa y acabó por regresar del cuarto de baño con un frasco de desinfectante y un paquete de algodón.

Rasgó la pernera del pantalón y desinfectó la herida. Pete chilló como un conejo al sentir el escozor del desinfectante.

Luego, Smithers restañó la hemorragia con el algodón. Rasgó una sábana y vendó la pantorrilla del pistolero.

—Bien, Pete —habló al cabo—, y ahora, ¿te vas a mostrar con ánimos de cooperar o dejamos aquí cuerpo para paso de los buitres?

—¿Qué diablos quieres que te diga? —masculló el pistolero.

—Pues... algo sobre la muerte de Alicia Tymmer y el doctor Foreman.

—Yo no sé nada de ese asunto —rezongó Pete—. Lo único que quería es...

Se calló de pronto.

—Vamos, continúa —invitó el joven.

—¡Váyase al diablo! —refunfuñó el forajido.

—Tal vez —sugirió Samantha —le iría bien una, sesión de hipnotismo.

—No —contradijo Smithers—. En este momento se halla en estado de receptividad; está demasiado preocupado por el dolor de su herida. Lo único que cabría hacer es emplear el pentotal sódico, pero no tenemos esa droga a mano.

—Puedo ir a la ciudad a buscarla —apuntó la muchacha—. Tú eres médico; extiéndeme la receta y...

—No; se nos pasaría el resto del día y no tengo ganas de quedarme solo con estos micos. Además, recuerda lo que nos sucedió poco antes de que llegasen ellos. El hombre de Starr podría volver de nuevo y contra él no tendría yo defensa.

Miró al pistolero.

—Buscabas a Samantha Carson, ¿no es cierto?

—Sí —gruñó Pete.

—¿Para qué?

—Ella tiene algo que me interesa.

—¿De qué se trata?

—¿Le importa a usted mucho, tipo entrometido?

—Son los libros de Ted Starr, ¿no es cierto?

Pete apretó los labios.

—Es cierto —afirmó la muchacha—. Solo que yo no los tengo ni los he tenido jamás.

El hampón le dirigió una mirada de sorpresa.

—Está mintiendo —gruñó.

—Digo la verdad —respondió ella firmemente—. Y a usted, ¿quién le hizo creer que yo podría tener esos libros?

—Bueno, Alicia Tymmer trató de llegar a un acuerdo conmigo. Dijo que los libros estaban en poder de una persona amiga suya y que no los daría a menos que pagase lo que ella quería. Averigüé que ella y usted eran muy amigas y...

Samantha volvió los ojos hacia Smithers.

—Ernie, todo eso no es más que una invención de Alicia. Ella jamás me entregó a mí esos libros... ni siquiera los he visto.

Smithers miró al herido.

—¿Para qué querías los libros?

—¡Diablos! Habría expulsado a Starr de la ciudad. ¿Le parece poco?

—Y tú te habrías erigido en una especie de zar del hampa.

—¿No habría hecho usted lo mismo? —rezongó Pete.

—Tú y yo somos muy distintos. Aunque soy médico —respondió el joven—, no me apodan «El Carnicero», como a ti. Me figuro que será por las víctimas que habrás causado, ¿no?

Pete movió la cabeza.

—Ese apodo me lo pusieron en mi juventud, cuando era un boxeador que prometía —declaró—. Admito que no soy un santo, pero hasta ahora tengo las manos limpias de sangre.

—Lo cual no te habría impedido liquidarnos a los dos y enterrarnos en cualquiera de esas colinas —dijo Smithers.

Pete apretó los labios, y mantuvo un silencio desdeñoso.

—¿Mataste a Alicia Tymmer? —preguntó el joven.

—¡No, rayos! ¡Ya le he dicho que tengo las manos limpias de sangre!

—¿Y al doctor Foreman?

—Tampoco. No sé nada de esos asesinatos, se lo juro.

Smithers miró a la chica.

—Parece que dice la verdad. ¿Habrás sido Starr?

—Bueno, le interrogué en estado de hipnotismo. Starr también respondió verazmente —alegó ella.

—Entonces, ¿quién los mató a ambos?

La muchacha hizo un gesto de desaliento.

—Me siento incapaz de contestarte, Ernie —dijo.

Smithers reflexionó unos momentos.

—Bien, creo que lo mejor que podríamos hacer es marcharnos de aquí. Ya sabes lo que habíamos pensado hacer antes de que nos tirotease el tipo del rifle.

—Vosotros os quedaréis aquí —decretó Smithers. Sonrió abiertamente—. Es una lástima que Bugey os haya abandonado.

—¿Qué diablos le pasó? —preguntó Pete malhumoradamente.

—Veía tarántulas —contestó Samantha—. Vámonos, Ernie.

Los dos jóvenes salieron de la casa. Smithers trató de poner en marcha el auto de la joven, pero el motor no respondió.

—Está averiado —rezongó de mal talante.

—Usaremos el de Pete —dijo ella con su desenvoltura habitual.

Cambiaron de vehículo. El motor funcionaba satisfactoriamente.

Minutos después, encontraban el de Smithers. Las llantas estaban apoyadas en el suelo.

—Eso lo hizo el hombre de Ted Starr —dijo Smithers, de peor humor todavía.

—Bueno, era lo lógico —respondió Samantha filosóficamente. Frotóse contra el respaldo del asiento casi con furia, aunque esta vez no se quejó verbalmente.

—En cuanto tenga ocasión, examinaré tu espalda —dijo él.

—Tú no eres dermatólogo, Ernie.

—Querida, tengo un título de doctor en medicina. Algo sabré ver, ¿no crees?

—Está bien, pero opino que no es nada de particular.

—¿Eres alérgica a algo? ¿Tal vez algún alimento?

—No, que yo sepa.

—¿Y los cosméticos? Hay mujeres que son alérgicas a según qué clase de productos de belleza.

—Nunca me había pasado nada semejante, Ernie —confesó Samantha.

—Bueno, como sea, te miraré la espalda en cuanto podamos. Es decir, si no tienes inconveniente.

—¿Qué clase de inconveniente? —preguntó ella maliciosamente.

—Digamos de tipo... pudoroso.

—¿Debe sentirse una mujer avergonzada porque la examine un médico?

—Te sorprenderías de saber la cantidad de mujeres que mueren todos los años, como consecuencia de un pudor mal entendido.

—Bueno, mi picazón es debajo de la paletilla, así que no tiene nada de particular que te enseñe la espalda, Ernie.

—De acuerdo, Samantha. Y ahora, dime, ¿sabes tú dónde vivía Alicia Tymmer?

—Por supuesto —contestó la muchacha.

CAPÍTULO XI

El registro en casa de Alicia Tymmer resultó completamente infructuoso.

Era ya de noche cuando terminaron la labor. Molidos y exhaustos, buscaron un restaurante donde devoraron más que comieron la cena que les fue servida.

Smithers opinó que el registro de la casa del médico debía ser propuesto para el día siguiente, en lo que Samantha se mostró de acuerdo. Se dirigieron a casa del joven y durmieron de la misma forma que la noche anterior.

Esta vez, sin embargo, Smithers no quiso correr riesgos, tanto interiores como exteriores. Cerró la puerta con doble llave y la guardó cuidadosamente.

A la mañana siguiente se encaminaron al domicilio del médico.

La puerta estaba cerrada con llave. Para abrirla emplearon el mismo procedimiento que habían usado en el apartamento de Alicia Tymmer: Un par de billetes al conserje, quien les facilitó la llave maestra.

Entraron en el apartamento. Smithers cerró por dentro, a fin de no ser molestados, y empezaron a registrar.

El piso era, evidentemente, el de un médico. Smithers halló un pequeño laboratorio, para los análisis más comunes, y también un cuarto de radioscopia, con su cámara oscura correspondiente, a fin de revelar las placas radiográficas obtenidas de los pacientes.

En el cuarto oscuro, donde Foreman tenía instalado su laboratorio fotográfico, halló otras cosas que le extrañaron notablemente.

—¿Era Foreman aficionado a la fotografía? —preguntó.

—Creo que sí, aunque no estoy segura —replicó Samantha.

El joven examinó con toda atención la serie de aparatos fotográficos de toda clase que había en el cuarto oscuro. Encontró una ampliadora y también otros instrumentos, que le hicieron sentirse notablemente perplejo durante un buen rato.

De repente divisó en un rincón una gran lata de forma cuadrada. Smithers calculó que servía como recipiente para recoger el material inutilizado por el difunto Foreman.

Se arrodilló y examinó el contenido de la lata, encontrando restos de cenizas, que le parecieron de papel. Un sombrío presentimiento invadió su ánimo.

—Samantha —llamó.

—Dime, Ernie —contestó ella prestamente.

—Me parece que Foreman quemó los libros que Alicia sustrajo a Ted Starr.

—¿Y por qué había de hacerlo? —se extrañó Samantha—. Dados sus propósitos, era tanto como tirar por la borda una gran fortuna.

El joven se mordió los labios. Creía estar ante la solución, pero algo parecido a una espesa niebla le impedía ver las cosas con claridad.

Se levantó, limpiándose las rodillas maquinalmente.

—Bueno, me parece que hemos perdido el tiempo —dijo.

—Tal vez estén en su casa de campo —sugirió ella—. Recuerda que no tuvimos tiempo de examinarla.

—Es posible —convino él—. Pero la policía tendrá vigilado el edificio y si fuéramos allí, podríamos vernos en un aprieto ¡Hombre, ya que estamos en casa de un médico, voy examinarte esa espalda!

—Conforme —accedió Samantha.

—Ven al cuarto de Rayos X. Primero te haré un examen radioscópico.

Pasaron a la pieza inmediata. El joven puso en funcionamiento el aparato de Rayos X y situó a Samantha entre la pantalla fluorescente y el tubo de rayos catódicos.

—¿Quieres bajarte la parte superior del vestido? —pidió.

El cuarto estaba iluminado por una débil luz encarnada. Smithers presionó un interruptor y el esqueleto de la joven apareció de inmediato en la pantalla.

—¿Puedes señalar, siquiera sea aproximadamente, el lugar donde sientes más la picazón?

Ella hizo un esfuerzo. Smithers siguió la mano de la joven, cuyos huecos destacaban con notable claridad.

—¿Qué ves? —preguntó.

—Nada interno —respondió él, desconectando el aparato—. Te examinaré la piel.

—Bien, Ernie.

Samantha salió del aparato, cubriéndose los senos con la parte delantera del vestido. El joven encendió la luz y ella se volvió de espaldas a él.

Smithers examinó la piel de la espalda centímetro a centímetro.

—¿Dices bajo el omoplato izquierdo? —preguntó.

—Sí, un poco hacia el centro y antes de llegar a la cintura.

—Sí, veo aquí un trozo enrojecido ligeramente, pero no se me ocurre qué ha podido provocar esa irritación. Si tuviera una lupa...

—¿No habrá una en el despacho de Foreman?

—Vamos allá, Samantha.

Pasaron al despacho. Smithers hurgó en los cajones, hasta encontrar la lupa. Luego encendió una potente lámpara eléctrica, que enfocó directamente sobre la zona de irritación.

Estuvo examinando la piel durante unos minutos.

—¿Has sufrido recientemente una operación quirúrgica? —preguntó al cabo.

—¡No! —respondió ella con gran sorpresa—. Jamás he estado en un quirófano.

Smithers frunció el ceño.

—Tienes aquí, en el sitio dónde tanto te pica, un ligero abultamiento, de forma alargada, que apenas si se nota. Me preocupa, francamente; no es normal.

—¿Qué crees tú que pueda ser? —preguntó Samantha.

El joven paseó los dedos de nuevo por el sitio inflamado. De pronto hizo presión.

—¿Te duele?

—No, apenas —contestó la chica.

—¿Hace mucho que notas el picor?

—Unas tres semanas... o cuatro, aproximadamente.

—¿Te había picado antes la espalda?

—No, nunca. ¡Pero si jamás había estado enferma hasta que atrapé ese tifus que ya te dije! —exclamó Samantha, quien continuaba con los brazos cruzados por delante, manteniendo la parte alta del vestido sobre su pecho.

De pronto, giró sobre sus talones y se enfrentó con el joven.

—Ernie, no me gustan las medias tintas. Lo que sea, dímelo pronto —rogó con vehemencia.

El joven parecía entregado a profundas reflexiones.

—Dices que empezaste a notar que te picaba hará unas cuatro semanas —musitó.

—Sí, aproximadamente, desde que me levanté... Bueno, desde que me bajó la temperatura y dejé de delirar.

—¿Cuánto tiempo estuviste enferma?

—Dos semanas. Es decir, dos semanas en cama. Luego necesité otro tanto para convalecer. El doctor Foreman y Alicia se portaron maravillosamente conmigo.

—Pero Alicia tenía trabajo en casa de Starr y Foreman, supongo, debería atender a su consultorio. ¿Es que te dejaban sola en alguna ocasión? —se extrañó Smithers.

—No, aunque se pasaban muchas horas a mi lado —replicó Samantha —, sobre todo, a partir del atardecer. Pero cuando no estaban ellos, había

un hombre que me atendía, un tal Jeph Douglas.

—¿Qué hacía ese Douglas en la cabaña?

—Cuidarla y cuidarme, supongo. Se marchó cuando Foreman me dio de alta. ¡Ernie! —exclamó ella de pronto—. ¿Qué es lo que estás pensando?

Smithers se acarició la mandíbula con gesto preocupado.

—Vuélvete otra vez —dijo de pronto.

Ella obedeció. Smithers tomó la lupa y examinó nuevamente la epidermis de la muchacha, visual y digitalmente.

—¿Cómo atrapaste el tifus? —preguntó él.

—No lo sé. Me sentí enferma un día, después de mi actuación... El doctor Foreman asistía muchas veces; aparte de la amistad, decía que mi número le interesaba médicamente.

—¿Y...?

—Empecé a sentir mareos, vértigos, escalofríos... Estaba en mi camerino, ¿sabes?

—Desde luego. ¿Sola?

—No. Alicia y Foreman habían venido a charlar conmigo y estábamos tomando una taza de café. Foreman me examinó y me dijo que debía acostarme. Entre los dos me llevaron a casa y luego, él diagnosticó que se trataba de tifus.

—Debió haber dado cuenta a la Sanidad —gruñó el joven.

—Ya lo sé, pero dijo que estaría mejor en su cabaña y así ellos tampoco tendrían que ser puestos en cuarentena. Yo me sentía muy mal, con una temperatura terrible, y apenas estaba en condiciones de oponerme. Si quieres que te diga la verdad, ni siquiera recuerdo el momento en que llegué a la cabaña.

—¿Cuántos días permaneciste delirando?

—Ocho, diez, no sé... Foreman dijo que muchos. Me quedé muy débil, créeme, Ernie.

—Por supuesto. Un tifus equivale a una buena paliza, aunque sin garrote, claro.

—Ernie, ¿qué es lo que pasa? Me estás asustando —dijo Samantha con expresión temerosa.

—Has dicho que nunca sufriste la menor intervención quirúrgica.

—Sí, eso es.

—Sin, embargo, aquí, en la espalda, se ven señales de un bisturí. ¿Sabes cuál era la especialidad médica de Foreman?

—No, nunca me preocupé de ello. Alicia me dijo que era médico, y para mí fue bastante. Era un chico muy simpático, Ernie.

—Y con una gran habilidad para coser la piel —dijo él.

Samantha giró súbitamente y se enfrentó con el joven.

—¡Ernie! ¿Qué es lo que estás tratando de insinuar?

—Súbete el vestido, anda —ordenó Smithers.

La muchacha se cubrió los hombros y se ajustó el cierre relámpago de la espalda. Luego agarró a Smithers por un brazo, con gesto suplicante.

—Ernie, te ruego que me digas de una vez qué es lo que pasa —dijo con voz llena de ansiedad.

Smithers sonreía.

—Pasar, no pasa nada... por ahora, pero pasará. ¿Te atreverías a ponerte en mis manos para sufrir una pequeña intervención quirúrgica?

Samantha se sobresaltó.

—¡Cielos, Ernie! ¿Qué me has encontrado?

—Todavía nada —contestó Smithers—. Pero lo encontraré. Vamos, salgamos de aquí.

Un oscuro instinto le hizo mirar a través de la ventana antes de abandonar el apartamento.

—Cuidado, Samantha —murmuró—. Hay alguien abajo, esperando a que salgamos de la casa.

CAPÍTULO XII

La muchacha se asomó precavidamente a la ventana.

Había un hombre apoyado en la pared de la casa frontera, leyendo el periódico con aire aburrido. No lejos de él, un coche negro, largo, aguardaba junto al bordillo de la acera.

—Se ve que Starr no pierde de vista los sitios donde presume pueden estar los libros que Alicia le quitó —dijo Smithers.

—¿Qué haremos, pues? —preguntó ella, retorciéndose las manos.

—Por lo menos yo necesito salir imprescindiblemente —respondió Smithers—. Pero no me gustaría tener a esos tipos continuamente detrás de nosotros.

—Tal vez haya un medio de engañarlos —sugirió Samantha.

—Es posible. Quédate junto a la ventana unos momentos. Tengo que mirar unas cosas por aquí.

Smithers anduvo huroneando por todas partes. Un cuarto de hora más tarde regresó junto a Samantha.

—El lector continúa en el mismo sitio.

—Y el auto también —dijo él—. Bien, Samantha, yo voy a salir y trataré de despistarlos. Tú te quedarás aquí y no te moverás hasta que yo vuelva, ¿me has entendido?

—¿Adónde vas? —preguntó Samantha aprensivamente.

—Tengo que hacer algunas compras —evadió él una respuesta clara—. Repito, quédate aquí y no te muevas. No abras a nadie que no sea yo. ¿Entiendes?

—¡Pero estos tipos te seguirán, Ernie!

Smithers sonrió.

—Es precisamente lo que ando buscando —contestó—. Bien, hasta luego.

Samantha le acompañó hasta la puerta.

—Tengo miedo, Ernie —se quejó.

—¿Miedo tú, después de todo lo que hemos pasado? —rió el joven.

—Es ahora cuando empiezo a sentirlo, Ernie.

—Pues mi opinión es diametralmente opuesta. A partir de ahora es

cuando no debes tener ya miedo. Hasta luego y ciérrate bien por dentro.

El joven salió a la calle y montó en el auto que había quitado la víspera a Pete «El Carnicero». Puso el motor en marcha y arrancó, manteniendo una marcha moderada.

El hombre del periódico abandonó la lectura apenas le vio subir al auto. Se acercó al otro coche, entró en él y el vehículo arrancó también de inmediato.

Ernie observó complacido la maniobra a través del espejo retrovisor. Durante unos momentos, guio plácidamente, hasta que diez minutos más tarde, detuvo el auto frente a la puerta de una farmacia.

Se apeó, cruzó la acera y entró en el establecimiento, sin conceder una sola mirada al auto de los pandilleros, que sabía se había detenido a veinte metros del suyo. Sin una sola vacilación, se dirigió al mostrador y esperó a que el dueño de la farmacia terminase de atender a un cliente.

—¿Qué tal, Ernie? —le saludó el farmacéutico, antiguo amigo suyo—. ¿Cómo van las chifladas?

—No puedo quejarme —sonrió el joven—. Aunque, a veces, a la hora de pasarles la minuta recobran el conocimiento instantáneamente.

Los dos hombres rieron la broma. Luego, el farmacéutico, preguntó:

—¿En qué puedo servirte, Ernie?

—Andrew, necesito unas cuantas cosas—. Le hizo la relación. Dámelas pronto, pero no aquí, en el mostrador, sino en el cuartito que tienes ahí detrás...

El farmacéutico le miró con desconfianza.

—Ernie, no te habrás metido en un lío sucio, ¿verdad? Me decepcionarías muchísimo... Créeme.

—No temas, Andrew; solo se trata de los elementos precisos para practicar una pequeña incisión en la piel. Ah, otra cosa; luego necesitaré salir por la puerta posterior.

—Lo que quieras, Ernie. ¿Quién te sigue?

—Unos tipos que no se pueden llamar amigos precisamente —sonrió el joven—. Es posible que dentro de un rato entren a preguntarte por mí. Diles que estoy en tu laboratorio practicando un delicado análisis químico, que no se me puede molestar y que tardaré al menos tres horas. Si se pusieran bravucones, amenázales con llamar a la Sanidad. Esto les impresionará más que si les hablastes de la policía, ¿comprendes?

—No mucho, pero puesto que me lo pides, lo haré. Entra y espérame; enseguida te llevo el pedido.

Ernie aguardó cosa de un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo, el farmacéutico entró en el cuarto y le entregó un gran paquete.

—Vendré otro día a pagarte, Andrew —dijo el joven.

—No pases cuidado. Ven, te abriré la puerta trasera.

Atravesaron el edificio. El farmacéutico abrió una puertecita que daba a un pequeño patio, que cruzó para facilitar al joven la salida a otra calle.

—Hasta la vista, Ernie...

—Adiós, Andrew, y gracias por todo —contestó el joven.

Caminó rápidamente unos metros, hasta encontrar un taxi, el cual le llevó en menos de un cuarto de hora a la casa del doctor Foreman.

Samantha le acogió con un efusivo abrazo.

—¡Creí que no volverías! —exclamó—. ¿Has despistado a esos tipos?

El joven se echó a reír.

—Tienen para tres horas —contestó.

—¿Qué traes en ese paquete? —preguntó ella, curiosa.

—Algunos elementos médicos que Foreman no tenía en su casa, seguramente porque se los llevó a la cabaña, donde te curaste un tifus que jamás existió.

Samantha le contempló atónita.

—¿Cómo puedes decir eso? —preguntó—. No digo que Foreman fuese una lumbrera de la ciencia, pero diagnosticar un tifus, creo yo, no debe ser cosa del otro mundo.

—Y no lo es, pero solo cuando esa fiebre tifoidea es legítima y no provocada—. Smithers estaba desliando ya el paquete mientras hablaba.

—¿Quieres decir que alguien me infectó deliberadamente? —exclamó la muchacha, atónita.

—Provocaron la fiebre con alguna droga y tú creíste que era tifus. A cualquier profano le habría pasado lo mismo.

—Pero ¿por qué lo hicieron, Ernie?

El joven se dirigió al lavabo. Quitóse la americana, se remangó la camisa y empezó a lavarse las manos con todo cuidado.

—No dispongo de guantes de goma —dijo—, porque no tengo medio de desinfectarlos como se debe. No obstante, la operación, en sí, no reviste gran importancia.

—Ernie, supongo que tengo derecho a que me expliques qué es lo que piensas hacer conmigo —dijo ella envaradamente, desde la puerta del lavabo.

—Levantarte ese trozo de piel de la espalda, donde tanto te pica, y averiguar el origen de tus molestias. No temas; te pondré anestesia local y ni siquiera lo sentirás.

Samantha le miró a través del espejo.

—Creo que debo confiar en ti, aunque me gustaría que fueses un poco más explícito —murmuró.

—Mientras no haya visto qué hay debajo de la piel, no puedo añadir más. Solo te diré que jamás padeciste fiebres tifoideas y que tu enfermedad, provocada artificialmente, fue mantenida de la misma manera, hasta que Foreman lo creyó oportuno.

Terminó de lavarse las manos y esperó unos momentos, hasta que se hubieron secado por sí solas.

—Ven, Samantha.

Ella le siguió mansamente. Smithers le condujo a la mesa de reconocimiento.

—Tiéndete boca abajo.

La muchacha obedeció. Entonces, Smithers le bajó el vestido hasta la cintura.

A continuación desinfectó cuidadosamente el trozo de la espalda donde pensaba intervenir quirúrgicamente. Abrió una caja de gasas y rodeó con ellas el campo operatorio.

—Ahora te pondré unas inyecciones de anestesia local —explicó—. Solo sentirás los pinchazos de la aguja, Samantha.

—Está bien —contestó ella.

Smithers cargó la jeringuilla con novocaína. Lenta y meticulosamente, fue rodeando con el anestésico la faja de piel que debía separar con el bisturí.

Al terminar, se desinfectó nuevamente las manos con alcohol puro. En una bandejita llena de dicho líquido tenía varios bisturíes, pinzas y la aguja de sutura, ya también preparada con el hilo correspondiente.

Unos minutos después pinchó la espalda de Samantha con el bisturí.

—¿Sientes algo?

—No, nada —contestó ella.

Smithers practicó la primera incisión. La sangre corrió, pero fue restañándola con gasas que tenía previamente preparadas.

Poco a poco fue haciendo correr el bisturí y profundizando hasta cosa de medio centímetro. La incisión tenía forma rectangular y medía dos centímetros de anchura por diez o doce de longitud.

Con ayuda de unas pinzas, separó el colgajo de piel. Tornó otras pinzas y las introdujo en el hueco, para sacar el objeto que la muchacha tenía insertado bajo la epidermis y que dejó caer en una bandejita dispuesta al efecto.

A continuación, colocó la piel en el mismo sitio y empezó el proceso de sutura.

—¿Dolor, Samantha?

—En absoluto, Ernie.

—Temo que Foreman fuese mejor costurero que yo —sonrió el joven—. De todas formas, conozco a un especialista en cirugía estética, que dejará tu espalda como nueva, para que puedas lucirla sin temor con tus trajes de fiesta.

—A mí me gustaría más saber por qué me has estado despellejando —protestó Samantha.

—Ten un poco de paciencia, por favor.

El joven terminó la sutura. Restañó la sangre y colocó una gasa esterilizada sobre la herida, luego un poco de algodón y encima otra capa de gasa, todo lo cual sujetó con anchas tiras de cinta adhesiva.

—Ya está —dijo—. No te muevas aún; voy a lavarme un poco las manos.

Se marchó, llevando algo pendiente de unas pinzas, que Samantha no pudo ver bien. La muchacha esperó pacientemente, hasta que él hubo regresado del baño.

—Estás pálida dijo Smithers—. Te daré una copa.

La ayudó a sentarse en la mesa. Ella sostuvo el vestido por delante, mientras ingería el licor.

—¿Cuánto tiempo pasará antes de que se disipen los efectos de la anestesia?

—Oh, una media hora, aproximadamente. Te escocerá un poco, pero en un par de días se habrá pasado todo. Ya no te picará más la espalda.

Los colores volvieron al rostro de Samantha.

—Bueno, ¿y se puede saber de una vez qué era lo que me causaba esa insufrible picazón? —preguntó impaciente.

—Esto —dijo el joven, manteniendo en alto un objeto que parecía de celuloide, de forma rectangular y de unos dos centímetros de ancho por diez o doce de longitud.

Samantha le miró extrañadísima.

—¿Qué es, Ernie?

—Por lo que yo puedo ver, se trata de unas películas, encerradas en una doble capa de plástico soldado a presión —respondió él.

—¿Películas? —dijo ella, atónita.

—Bueno, microfilmes es la palabra más acertada.

Los ojos de Samantha se desorbitaron.

—¡Microfilmes! —exclamó, comprendiendo todo en un instante.

Smithers movió la cabeza afirmativamente.

—Así es —contestó—. Por eso quemaron los libros, porque todo cuanto de comprometedor contenían está registrado aquí, en estas tiras de celuloide, que no son ni más ni menos que una serie de microfotografías que Foreman realizó en su laboratorio.

Samantha se había quedado sin habla. De pronto, vaciló ligeramente y Smithers se apresuró a sostenerla.

—No... No es nada —murmuró ella débilmente.

—Estás impresionada y es lógico —manifestó Smithers, sujetándola por el tallo—. Ven, te sentarás en otro sitio más cómodo.

Cogió a la muchacha en brazos y la llevó al despacho, colocándola en un gran sillón de cuero. Ella cerró los ojos y reclinó la cabeza en el despacho.

—Ernie, ¿por qué hicieron eso conmigo? —preguntó con voz desfalleciente.

—Supongo que Foreman pensó que tu epidermis era el mejor escondite que podía encontrar para los microfilmes —contestó Smithers.

CAPÍTULO XIII

Sobrevino un momento de silencio. Al fin, Samantha abrió los ojos y miró al joven.

—Siempre les creí buenos amigos —dijo.

—A veces, uno se lleva chasco —manifestó Smithers sentenciosamente—. Te mantuvieron inconsciente, mientras cicatrizaba la incisión, a fin de que tú no pudieses notar nada después de haber realizado la operación.

—Comprendo —murmuró Samantha—. Pero no entiendo por qué me eligieron a mí...

—Yo opino —dijo el joven en tono reflexivo—, que Foreman y Alicia querían forzar a Starr a un trato oneroso, trato que Starr no hubiese aceptado nunca voluntariamente. Estimo que debieron sospechar que Starr revolvería todo para encontrar los libros y que era posible que los encontrase, por lo que eligieron el procedimiento de la microfotografía, a fin de evitar que Starr recuperase sus libros.

—Y ahora, esos libros están encerrados en dos tiritas de celuloide.

—Por lo menos, la parte que compromete a Starr.

Samantha se irguió parcialmente...

—Ernie, ¿qué piensas hacer con los microfilmes? —inquirió.

—Entregarlos a la policía, por supuesto. ¿Qué te creías?

—Celebro oírte hablar de ese modo. Me habrías decepcionado si me hubieses dado otra respuesta.

—Samantha, ninguno está en condiciones de tirar la primera piedra, pero yo no soy como eran tus amigos.

Ella sonrió.

—No sabes cuánto me alegro de ello, Ernie. —De pronto, se puso seria—. Así, claro, tanto Foreman como Alicia decían siempre que me habían entregado los libros a mí.

—Y si te perseguían, tú siempre responderías que no sabías nada.

—¡Pero esos tipos me maltrataron! ¡Querían arrancarme a la fuerza un secreto que yo no poseía!

—Cuidado, Samantha. Tú ignorabas que poseías ese secreto, que no es lo mismo.

—Sí, pero los golpes que me dieron... ¿Cómo pudieron traicionar su

amistad de tal modo?

—Por dinero —respondió él llanamente.

Samantha calló unos instantes.

—Entonces, iremos ahora a ver al teniente Kerry —dijo al cabo.

—En cuanto te encuentres en condiciones —respondió él.

Samantha se puso en pie.

—Estoy lista —dijo—. De repente, exclamó—: ¡Ernie! ¿De qué les sirvió a Foreman y a Alicia todo lo que hicieron? ¡Ahora están muertos y...! ¿Quién los asesinó?

Smithers sonrió.

—Ya empiezo a formarme una hipótesis, pero la expondré delante del teniente Kerry —contestó.

—Temo que eso no va a ser posible, mi querido doctor Smithers —dijo en aquel momento una voz masculina.

—¡Eh! —exclamó el joven.

Samantha lanzó un grito de susto y se colgó del cuello de Smithers.

—¡Ernie! ¿Quién es este hombre?

El recién llegado era un sujeto alto, cuya edad no podía precisarse con exactitud, debido a que llevaba puestas unas grandes gafas oscuras y además, usaba un frondoso bigote que le llenaba totalmente el labio superior. Llevaba puesto un sombrero, con el ala muy inclinada hacia adelante, un impermeable corriente, ajustado por el cinturón, y en la mano derecha ostentaba un revólver de aspecto amenazador.

—Yo diría —contestó el joven—, que me parece que tendré que exponer mi hipótesis antes de tiempo.

Rodeó con sus brazos el talle de Samantha.

—Adelante, doctor Foreman —agregó casi sin interrupción—. Termine de entrar.

Samantha volvió a lanzar otra exclamación de asombro.

—¿Paul? ¡Imposible, Ernie! Pero si yo le vi... sin cabeza...

El doctor Foreman perdió la cabeza y la encontró —sonrió Smithers—. Tal vez ahora quiera hallar otra cosa que perdió en su cabaña.

Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó la pulserita de identificación, manteniéndola en alto con la mano izquierda.

—¿Es esto lo que busca, querido colega? —preguntó.

—No —habló Foreman por fin—. Lo que busco es otra cosa muy diferente.

Smithers decidió ganar tiempo.

—Está en su casa, a fin de cuentas —sonrió—. Apártate, Samantha; deja que el doctor Foreman busque lo que desea.

—Quietos —ordenó el médico—. Sigán dónde están y no les pasará nada. De lo contrario...

Avanzó hacia ellos.

—Vuélvase de espaldas, Samantha.

La muchacha miró a Smithers implorantemente. Smithers se mordió los labios.

—¿Qué es lo que le va a hacer a la chica, doctor Foreman? —preguntó el joven.

Todo su empeño era ganar tiempo y distraer a Foreman, con objeto de poder utilizar el teléfono que tenía sobre la mesa, al alcance de su mano. Foreman, sin embargo, no les quitaba ojos de encima y el revólver se mantenía sobre su mano con granítica firmeza.

—Samantha, vuélvase —repitió Foreman.

—Lo que está pidiendo a Samantha no le impedirá que castiguen sus asesinatos, doctor —dijo Smithers—. El de Alicia Tymmer y el de Jeph Douglas.

—¿Qué estupideces está diciendo? —gruñó Foreman de mal talante.

—Bueno, si son estupideces, entonces, ¿por qué va usted disfrazado como un «malo» de película? —dijo Smithers tranquilamente. Un hombre que no teme a nada, no tiene por qué variar tan radicalmente su apariencia externa. Pero, claro, a usted le conviene que nadie le reconozca, a fin de que todos continúen creyendo en su asesinato.

Foreman le miró de hito en hito.

—¿Cómo sabe, o mejor dicho, supone, que fui yo el autor de esas dos muertes? —preguntó.

—Pete «El Carnicero» no ha sido. Ted Starr, tampoco. Es un simple proceso de eliminación, colega.

—A pesar de todo...

—A pesar de todo —le atajó el joven—, uno también es médico, aunque en la actualidad no ejerza la cirugía. Pero puede comprender que soy lo suficientemente perspicaz como para darme cuenta de que la decapitación de Douglas no fue realizada por un medio vulgar, un hacha, por ejemplo, sino de una manera más... fina, digamos. Se nota la mano de un médico, ¿comprende?

Samantha miró al joven con gesto sorprendido.

—¿Lo sabías tú entonces, Ernie? —inquirió.

—No, aunque sí me extrañó, como te digo, la forma tan perfecta en que se realizó la decapitación. ¿Dónde enterró usted la cabeza del pobre Douglas, doctor Foreman?

—Hay por allí muchos sitios —rezongó el asesino—. Pero eso no resuelve los problemas pendientes entre nosotros. Si Samantha no se vuelve de grado, la obligaré a la fuerza —añadió resueltamente.

—¿La matará, como hizo con su amiga Alicia Tymmer?

Sobrevino una pausa de silencio.

—No podrán demostrar que fui yo —habló Foreman al cabo.

—Bueno, la policía se mostrará muy interesada en saber por qué trató

Use la fuerza para por un muerto. Es posible —siguió Smithers— que no le demuestren la muerte de Alicia, pero nadie le quitará de encima la acusación de asesinato en la persona de Jeph Douglas.

Foreman sonrió torvamente.

—¿Formulará usted esa acusación, doctor Smithers?

—Hay un fiscal, representante del pueblo, que es el que se encarga de tales menesteres —respondió el joven, impasible—. Usted acabará en la silla, colega.

—Todavía no me han arrestado —contestó el asesino—. ¡Sepárese de Samantha, ahora! —ordenó con voz estridente.

Smithers obedeció y retrocedió unos pasos, quedando junto al borde de la mesa de despacho, con las manos hacia atrás. Había un abrecartas y trataba de apoderarse del instrumento, para utilizarlo si podía.

—Doctor Foreman —llamó.

El asesino le miró de soslayo.

—¿Qué es lo que quiere? —gruñó de mal talante.

—Dígame solo una cosa. ¿Por qué apuñaló a Alicia Tymmer?

Foreman vaciló.

—No tengo por qué contestar a esa pregunta —dijo al fin.

—Tal vez pueda hacerlo yo —manifestó el joven, impasible—. Usted debió hablar con Alicia de la necesidad de suprimir a la señorita Carson, dado que no podía fingir por segunda vez un tifus inexistente, cuando quisiera recobrar los microfilmes. Aparte de la posible inmunización, no era lógica una recaída en un plazo tan breve. Sin duda temió que Samantha se diera cuenta y eligió el camino más fácil. Muerta, no diría ya nada, ¿verdad?

El asesino juntó los labios prietamente.

—Pero esto era demasiado para Alicia —siguió Smithers—. Era ambiciosa, aunque no a costa de la vida de una persona... Por lo menos, de la vida de una persona decente y amiga suya, como Samantha. Debí oponerse a usted y por eso la asesinó, cuando se disponía a entrar en mi consultorio. El tonto fui yo, cuando entonces no supe adivinar que la palabra «espalda» que pronunció un segundo antes de morir, no se refería a la suya propia, sino a la de Samantha.

—¿De modo que lo ha sabido encontrar? —rugió Foreman.

Smithers se dio cuenta del gravísimo desliz cometido.

—He hablado demasiado, Samantha —dijo, mirando a la muchacha con expresión compungida.

—No importa —sonrió ella valerosamente—. De todas formas, Paul se habría enterado tarde o temprano.

—Me parece que ya tienen los microfilmes en su poder, ¿no es así? —preguntó Foreman.

Los dos jóvenes guardaron silencio. Bruscamente, Foreman se acercó a

Smithers y apoyó la boca del revólver en su estómago.

—Diez segundos, colega, diez segundos tan solo le concedo, para que me diga dónde están esos microfilmes. Si pasado ese plazo no ha hablado, dispararé. Samantha hablará después, se lo aseguro.

—Y a continuación, la asesinará a ella. ¿Qué beneficio obtendrá con dos muertes más?

—Cien mil dólares en billetes, que Starr me enviará adonde yo le diga, so pena de que la policía reciba esas películas —contestó el asesino sin inmutarse—. ¿Empiezo la cuenta, doctor Smithers?

—Puede empezar cuando guste, colega —respondió el joven con singular tranquilidad—. Pero usted es médico también y sabe que hay movimientos reflejos, que son independientes de la voluntad... aunque en mi caso, creo que podré actuar todavía por mí mismo. En el momento en que usted aprieta el gatillo, este abrecartas llegará hasta su corazón de un solo golpe.

Foreman lanzó una horrible maldición.

—Las palabras de Smithers eran ciertas. El joven había conseguido apoderarse del abrecartas, en forma de puñal, y lo tenía apoyado contra su pecho.

El instrumento tenía una punta agudísima. Bastaría la más ligera presión, para que veinte centímetros de acero llegasen hasta su corazón.

CAPÍTULO XIV

Durante unos segundos reinó en la estancia el más absoluto silencio.

Repentinamente, Smithers movió la mano izquierda, apartando el cañón del arma de su cuerpo. Al mismo tiempo, metió la rodilla y la clavó en la ingle de su oponente.

Foreman se dobló agónicamente. Smithers volvió a actuar con la rodilla y le golpeó en el rostro, lanzándole de espaldas hacia atrás.

—¡El revólver, Samantha! —gritó.

La muchacha no desaprovechó la ocasión. Se abalanzó sobre el arma, la cual pasó a su poder en el acto.

Smithers inspiró profundamente.

—Creo que al teniente Kerry le gustará saber que tenemos a Foreman a su disposición.

Samantha meneó la cabeza.

—Estoy decepcionada —dijo—. Nunca creí que Paul fuese capaz de cometer esos crímenes tan horribles.

—El dinero fácil le cegó —manifestó el joven sentenciosamente.

Y acercándose a la mesa, levantó el teléfono.

—¡Deje ese teléfono en el acto! —ordenó de repente una voz de tonos imperativos.

Smithers y la muchacha se volvieron a la vez. Samantha emitió un hondo gemido.

—¡Ted Starr! —exclamó.

—El mismo —contestó el forajido, sonriendo con aire satisfecho. Detrás de él, en la puerta, con una pistola en la mano, se hallaba uno de sus gorilas.

Smithers dejó el teléfono sobre la horquilla. Starr arrojó una mirada de indiferencia hacia Foreman, quien continuaba todavía en el suelo.

—¿Qué hace ese tipo ahí? —preguntó.

—Tuvimos una discusión y perdió —respondió el joven plácidamente.

—Es usted un mal enemigo, doctor —admitió Starr con llaneza—. Sin embargo, no le servirá de nada en esta ocasión.

Se volvió hacia Samantha.

—¿Tiene usted la bondad de dejar caer al suelo ese revólver que aún

sujeta con su linda mano? —ordenó sarcásticamente.

El revólver chocó contra el pavimento. Samantha se apartó unos pasos. Starr se encaró con el joven.

—Usted es listo, doctor. No me gustaría tener que recurrir a procedimientos expeditivos para recobrar lo que es mío. ¿Ha comprendido?

—Sí, pero yo no lo tengo.

Starr le apuntó con la pistola.

—Lo tiene —dijo con voz tensa—. Lo tiene y le mataré aquí mismo si es necesario, caso de que se niegue a entregármelo. ¡Vamos, devuélvame mis libros!

—Los quemó el doctor Foreman —respondió Smithers.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Entre en su laboratorio. Hay un recipiente de metal con restos de cenizas. La deducción es obvia.

Foreman continuaba tendido en el suelo, inconsciente al parecer.

—Es posible que usted diga la verdad, pero ese tipo lo habrá hecho para engañarme —habló Starr, tras algunas segundos de reflexión—. Jassy, busca un poco de agua y despiértelo.

—Sí, jefe —contestó el pistolero.

—Al fondo, a mano derecha —indicó Smithers con sorna.

Miró a Starr. «A éste, se dijo, no puedo amenazarle con el abrecartas».

—Me ha hecho usted padecer mucho, doctor —contestó el hampón—. De todas formas, ya hemos acabado.

—Es posible —convino él tranquilamente—. ¿Qué hará ahora con nosotros?

Starr vaciló.

—¿Quiere que le diga que no lo sé? —respondió.

—Bueno, supongo que no irá a asesinarnos. Nosotros, hasta cierto punto, no le hemos causado ningún daño grave.

—Pero tengo que liquidar a este estúpido, una vez que me haya dicho dónde escondió los libros que me robó su amiga —manifestó Starr en tono quejumbroso—. Ahora, en este momento, no les puedo dejar salir, porque avisarían a la policía. Si los encierro en una habitación, mientras «trabajo» a Foreman, luego declararán que fui yo el que lo liquidó. ¡Es un terrible dilema para mí, doctor! —suspiró el hampón.

—Desde luego —respondió el joven cortésmente.

Transcurrieron algunos segundos. Starr se impacientó.

—¿Qué diablos hace ese estúpido para tardar tanto con el agua? —rezongó.

De repente, Smithers advirtió un movimiento sospechoso con el rabillo del ojo.

Antes de que pudiera hacer algo, Foreman estiró el brazo y se apoderó

del revólver que estaba caído en el suelo, a corta distancia de su mano.

El joven adivinó lo que iba a suceder.

—¡Cuidado, Samantha! —gritó.

Starr se volvió, justo en el momento en que Foreman, incorporado a medias, levantaba la mano y apretaba el gatillo de su revólver varias veces.

Las detonaciones sonaron como cañonazos en un reducido espacio. Starr emitió un chillido de agonía y empezó a derrumbarse hacia adelante.

En aquel instante, el pistolero aparecía con una jarra de agua en la mano derecha. Soltó la jarra, que se estrelló contra el suelo con gran estrépito, y metió la mano derecha en el interior de su chaqueta, tratando desesperadamente de sacar su pistola.

Nuevamente resultó Foreman más rápido. Dos balas partieron y fueron a hundirse en el pecho del hampón, quien se derrumbó en el acto, lanzando un agudo grito de dolor.

Smithers se dio cuenta de que Foreman estaba ya ciego por el ansia de matar y que no se iría de allí dejando testigos de su acción. Agarró una silla por las patas y la lanzó contra el asesino, con todas sus fuerzas.

Foreman exhaló un grito de rabia, cuando la silla le alcanzó en el brazo, arrancándole el arma de nuevo. Antes de que pudiera recuperarse, Smithers cayó sobre él y empezó a golpearle metódicamente con los puños, hasta que, por fin, con un gran suspiro, Foreman se derrumbó, incapaz de soportar el castigo.

Entonces, Smithers se apoderó de la pistola de Starr y corrió al teléfono.

—Cierra la puerta, Samantha —ordenó.

Permanecieron allí hasta que acudió el teniente Kerry.

EPILOGO

Sonó el zumbador del interfono.

—Doctor, un tal señor Bugey solicita verle —dijo la enfermera Harald. Smithers se irguió.

—¿Qué es lo que quiere ese hombre? —preguntó.

—Viene a que le cure de un complejo, doctor. Dice que ve tarántulas gigantes con mucha frecuencia y...

Smithers se echó a reír.

—Dígale que pase, pero antes regístrele bien y quítele la artillería de encima.

—¡Doctor! —chilló la enfermera.

Bugey entró poco después, con aspecto alicaído.

—No traigo armas encima —confesó—, aunque bien sabe Dios que las necesitaría. Cada vez que pienso en esa chica...

Se estremeció, a la vez que se tapaba los ojos con la mano.

—Doctor, quíteme de en medio esos horribles bichos o acabaré muriéndome de un ataque al corazón —sollozó.

Smithers sonrió comprensivamente.

—Venga y tiéndase en el diván —dijo—. Le aplicaré una inyección calmante y luego trataré de borrar de su mente esas visiones.

Media hora después, Bugey se marchaba notablemente agradecido.

—Gracias, doctor. Ahora, ¿ve? estoy pensando en Samantha y no veo tarántulas. —Le entregó un puñado de billetes — Se lo merece —añadió, evitando anticipadamente la protesta del joven.

Y salió del despacho.

Un segundo después, Smithers oía un chillido agudísimo.

—¡Las tarántulas! ¡Han vuelto! ¡Están ahí!

—¿Qué diablos...? —masculló el joven—. ¿Tan mal psiquiatra soy?

Y corrió hacia la puerta, justo en el momento en que alguien la abría con violencia desde el exterior.

Smithers lanzó una maldición y se agarró las narices.

—Pero, ¿qué...?

De pronto, reconoció a la muchacha.

—¡Tenías que ser tú, Samantha! —dijo rabiosamente.

Ella sonreía de un modo hechicero.

—¿Te he hecho daño, cielito? —preguntó mimosamente.

—Casi me aplastas las narices —rezongó él, tocándose con precaución el apéndice nasal—. ¿No podías entrar más despacio?

—Perdóname, Ernie —dijo Samantha, acercándosele—. Estaba tan ansiosa por volver a verte. ¿Sabes? he vencido mi complejo de chica bajita y...

—¿Y qué?

—Pues, eso... que he decidido casarme contigo. Es decir, si tú no me rechazas.

Sobrevino un momento de silencio. Smithers miraba fijamente a la muchacha.

—La estatura no me importa, Samantha —dijo—. Pero preveo que la vida a tu lado va a ser una fuente continua de conflictos.

Samantha alzó la mano derecha.

—Te prometo portarme bien, ser una esposa fiel, amante y cariñosa; no me meteré jamás en líos y... Bueno, tenemos que buscar al pobre Bugey, para quitarle de encima ese pánico que siente hacia las tarántulas y... Pero ya no volveré a hipnotizar a nadie más... a menos que tú me obligues a ello. ¿No crees que una ayudante con mis facultades te serviría de mucho en tu labor psiquiátrica?

—¡Me espantarías la clientela en una semana!

—¡Ernie! —exclamó ella—. ¿Tan mal me quieres?

—Bueno, yo...

—Ya sé lo que te pasa —dijo ella—. Estás convirtiéndote en un viejo y conservador solterón, y te disgusta abandonar tu actual estado, ¿no es cierto?

—Pues...

Samantha lanzó un suspiro que hizo resaltar las curvas de su bien formado busto. Metió la mano en el bolso y sacó un objeto que Smithers conocía muy bien.

La bola de cristal empezó a lanzar destellos a los ojos del joven.

—¡Eso no! —gritó Smithers—. ¡Hipnotismo, no!

—¿Entonces...? —preguntó ella maliciosamente.

Smithers disparó de repente su brazo y atenazó su flexible cintura.

—Te quiero, rayos —dijo. La besó varias veces seguidas—. Y nos casaremos lo más pronto posible, pero...

Cogió la bola y la estrelló contra el suelo, rompiéndola en mil pedazos.

Samantha se colgó de su cuello, con expresión gozosa.

—Así me gusta más, sin hipnotismo, sin...

La muchacha calló de repente. El doctor Smithers se lo impedía con sus

labios.

FIN



MIEDO EN LA NOCHE

por

BURTON HARE

—Me ha amenazado por dos veces, fisgón —advirtió—. No me molesta por eso, me da lástima. Pero pienso que debe llevarse el convencimiento de que es peligroso intentar asustarme...

Su puño derecho voló de abajo arriba. Si llega a alcanzarme me arranca la cabeza.

Pero yo había estado esperando algo semejante, de manera que pude desviarlo rápidamente con la izquierda. Simultáneamente, le descargué un trallazo a la cara que le incrustó la nariz en alguna parte remota.

MIEDO EN LA NOCHE

*La muerte llegaba al anochecer, pausada y
sigilosa como una serpiente*

Lea la próxima semana esta gran novela de

BURTON HARE

La revista de la canción

6 pesetas todas las semanas



es fans...tástica



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE Fundada en 1772